

## El problema de la identidad del yo

Erik Homburger Erikson <sup>1</sup>  
(Massachusetts)

### Resumen

Mi intento de circunscribirme al problema de la identidad, me llevó, sin embargo, a “tratar de abarcar todo”. No me propongo dejar este problema en estas condiciones: dentro de lo que sea posible, seguiré presentando estudios que tendrán en cuenta la naturaleza dinámica específica de las circunstancias circundantes seleccionadas (historia de la vida, historia del caso, los sueños, las ideologías). Mientras tanto y resumiendo: la identidad, al sobrepasar al término de la infancia, el dominio potencialmente maligno del superyó infantil, permite al individuo desembarazarse de un autorrepudio excesivo y del repudio difuso de los demás. Dicha libertad, proporciona la condición necesaria para que el vigor del yo integre una sexualidad madura, capacidades sazoadas y realizaciones adultas. Las historias de nuestros pacientes jóvenes ilustran, en qué forma las crisis de identidad agravadas pueden ser causadas por razones genéticas especiales y por condiciones dinámicas especiales. Dichos estudios, a su vez, arrojan nueva luz sobre los ritos y los rituales más o menos instituidos, y también tienen en cuenta las asociaciones y los movimientos a través de los cuales las sociedades y las subsociedades conceden, a los jóvenes, un mundo entre la infancia y la adultez: moratoria psicosocial durante la cual extremos de experiencia subjetiva, alternativas de elección ideológica, y potencialidades de logros reales, pueden volverse el tema del juego social o del dominio íntegro.

---

<sup>1</sup> Austern Riggs Center, Storkbridge, Massachusetts y la Universidad y la Facultad de Medicina de Pittsburgh, Pennsylvania. La investigación en la cual se basa esta publicación fue subvencionada por la Field Foundation del Riggs Center. Traducido del “.Journal of the American Psychoanalytic Association”, vol. IV, 1956, págs. 56-121.

## INTRODUCCION

En algunas de mis publicaciones (8, 9, 10, 11) he utilizado el término de identidad del yo para referirme a algunas de las adquisiciones lógicas que el individuo, debe de haber obtenido, al término de la adolescencia, de todas sus experiencias preadultas, de manera de estar capacitado para las tareas de la adultez. El empleo que hago de este término expresa, el dilema de un psicoanalista, que fue inducido a formarse un concepto nuevo, no a causa de preocupaciones teóricas pero sí más bien, por la expansión hacia otros campos de su conocimiento clínico (antropología social y enseñanza comparativa) y con la esperanza que dicha expansión, pudiese a su vez favorecer el trabajo clínico. Presiento que las recientes observaciones clínicas han comenzado a confirmar esta expectativa. Por lo tanto, he aceptado, con gratitud, dos oportunidades<sup>2</sup> que se me han brindado para restablecer y revisar el problema de la identidad. La presente publicación tiene en cuenta ambas aspiraciones. El problema que se nos plantea es el de saber si el concepto de identidad es esencialmente psicológico o merece ser considerado como una parte legítima de la teoría psicoanalítica del yo.

En primer término, quiero decir una palabra con respecto al vocablo identidad. Freud, por lo que tengo entendido, lo utilizó una vez solamente, en forma incidental y en esa oportunidad, dándole una connotación psicológica. Fue cuando él trató de formular su vinculación con el judaísmo, que él habló de una "identidad interior"<sup>3</sup> que no se basaba en la raza o en la religión, pero sí en una aptitud común para vivir en la oposición y en la capacidad de verse libre de prejuicios que limitan la inteligencia. Aquí el término de identidad se refiere al vínculo del individuo con los valores exclusivos, alimentados por la historia exclusiva de su pueblo. Sin embargo, se refiere también a la piedra fundamental de este desarrollo individual único: puesto que la observación "incorruptible" tuvo como precio el aislamiento profesional que desempeñó un papel preponderante en la vida de Freud (12). Se considera aquí este tipo de

---

<sup>2</sup> Fue el 35° Aniversario del Instituto de Judge Baker Guidance Center en Boston, en mayo de 1953, y las reuniones a la mitad del invierno de la Asociación Psicoanalítica en New York, 1953.

<sup>3</sup> "... die klare Bewusstheit der inneren Identität" (17).

identidad que abarca un aspecto substancial del individuo en su relación con un aspecto esencial de la coherencia interna de un grupo; puesto que, el individuo joven, debe aprender a ser más él mismo en la medida que significa más para los otros —esos otros, que con seguridad, han llegado a significar más para él—. El término identidad expresa la interrelación que implica simultáneamente una constante mismidad en uno mismo (self-sameness) y una constante participación en ciertos rasgos esenciales de los demás.

Para poder hacer más explícito el tema de la identidad, debo abordarlo desde distintos ángulos —biográficos, patográficos y teóricos —y dejando que el término identidad hable por sí mismo en diversas connotaciones. Por lo tanto, alguna vez se referirá a un sentido consciente de la identidad individual; otras veces, a la apetencia inconsciente de continuidad del carácter personal; en una tercera instancia, al criterio del trabajo

- silencioso de síntesis del yo; y en último término al mantenimiento de una solidaridad interior con los ideales y la identidad del grupo. En algunos aspectos, el término nos puede parecer vulgar e ingenuo y en otros, vagamente relacionado con conceptos existentes en la psicología y en el psicoanálisis. Si, luego de intentar aclarar esta relación, el término en sí mismo conserva cierta ambigüedad, servirá, sin embargo, para esbozar un problema significativo y un punto de vista necesario.

Comienzo con un aspecto extremo del problema, ejemplarizado por la biografía de un individuo destacado, que bregó tan empeñosamente por conseguir una **identidad pública** mundial para sí mismo en la misma forma que trabajó en sus obras maestras de literatura.

#### I.— PUNTO DE VISTA BIOGRAFICO: G. B. 5. (70)

#### SOBRE GEORGE BERNARD SHAW (20)

Cuando George Bernard Shaw, tenía setenta años, y era un hombre famoso, se le pidió que reviese e hiciese un prefacio a sus obras inexitosas de sus tempranos veinte años; es decir, a los dos volúmenes de ficción que nunca fueron publicados. Como era de esperarse, Shaw dio una aclaración de este producto de su joven adultez, pero no sin imponer al lector un detallado análisis del joven Shaw. Si Shaw no fuese tan engañosamente ingenioso en lo que dice

de este período temprano de su vida, sus observaciones, probablemente, hubiesen tenido el valor de un hallazgo psicológico importante. Sin embargo, se reconoce el sello de la identidad de Shaw en la forma que lleva y trae a su lector a través de una senda de aparentes superficialidades y de profundidades súbitas. Con un fin determinado, me atrevo a extractar algunas de sus obras, con el propósito de despertar la curiosidad del lector y así seguirlo en cada paso de su ex-posición (41).

G. B. S. (ya que ésta es su identidad pública y al mismo tiempo una de sus obras maestras) describe al joven Shaw como siendo: “extremadamente desagradable e indeseable” y “nada reticente en *sus* opiniones diabólicas” mientras que en su interior “sufría.., por su cobardía... y terriblemente avergonzado a causa de ella”. “La verdad es”, concluye, “que todos los hombres están en una posición falsa en la sociedad hasta que no han realizado sus posibilidades y las han impuesto a los demás. Están atormentados por una perpetua disminución de sí mismos; sin embargo molestan a los demás con una constante arrogancia. Esta discordancia puede ser solucionada únicamente por el éxito reconocido o por el fracaso: cada uno se siente incómodo hasta que no ha logrado ubicarse ya sea más arriba o más abajo de su cuna”. Pero Shaw se exime siempre, de cualquier ley universal, que por inadvertencia, exprese; por lo tanto añade:

“El hallazgo del lugar propio puede volverse muy intrincado, puesto que no existe, en una sociedad corriente, un lugar para los individuos extraordinarios”.

Shaw prosigue describiendo una crisis (del tipo que mencionaremos como crisis de identidad) que sufrió a los veinte años. Se debe recalcar que esta crisis no fue causada por falta de éxito o por carecer de un papel definido, sino más bien por un exceso de los dos factores: “Tuve éxito a pesar de mí mismo y comprobé, con desaliento, que los negocios, en vez de expulsarme ya que yo era un impostor indigno, me retenían sin intención de dejarme partir. Por lo tanto, me veía, con mis veinte años, con una preparación comercial y en una ocupación que detestaba tan cordialmente como una persona cuerda puede odiar a algo de lo que no puede escapar. En marzo de 1876, hice crisis, lo que significa abandonar familia y amigos, negocios e Irlanda y evitar el riesgo del éxito sin identidad, de un éxito sin proporción con su “enorme ambición inconsciente”. Se concedió a sí mismo una prolongación del intervalo entre la juventud y la adultez, al que llamaremos moratoria psicosocial. El escribe: “...

cuando abandoné mi ciudad natal quedó atrás este período y no me asocié más con hombres de mi edad hasta que, aproximadamente, después de ocho años de soledad en este aspecto, fui arrastrado al resurgimiento socialista del temprano 1800, junto con otros ingleses muy formales y ardiendo de indignación a causa de males fundamentales y muy reales que afectaban a toda la humanidad”. Mientras tanto, parecía esquivar las oportunidades sintiendo que: “Detrás del convencimiento que ellas no podrían -llevarme a parte alguna que yo desease, yacía el temor mudo que pudiesen llevarme a algo que yo no quisiese”. Este aspecto ocupacional de la moratoria estaba reforzado por un aspecto intelectual: “No puedo aprender nada que no me interese. Mi memoria es discriminativa: rechaza y selecciona; y lo que selecciona no es académico.., me felicito de esto; porque estoy plenamente convencido que toda actividad forzada de la mente es tan perjudicial como toda actividad corporal forzada. . . La civilización se estropea siempre por su afán de dar a las clases gobernantes enseñanza superior...

Shaw se puso a estudiar y a escribir como se le antojaba, y fue entonces que surgieron las obras extraordinarias de una personalidad extraordinaria. Se ingenió para abandonar el tipo de trabajo que había estado realizando, sin renunciar a trabajar con disciplina: “El trabajo de oficina me había dejado el hábito de hacer algo, todos los días, regularmente, condición fundamental de la laboriosidad en contraposición a la indolencia. Sabía que no progresaría si no procedía en esta forma y que sólo así, escribiría un libro. Compré un surtido de hojas blancas de tamaño mediano, de seis peniques por vez; las doblé en cuatro’ y me obligué a llenar cinco carillas por día, con lluvia o buen tiempo, abatido o inspirado. Todavía quedaba en mí, tanto del escolar y del empleado, que si mis cinco carillas se concluían en el medio de una frase no la terminaba hasta el día siguiente. Por otra parte, si salteaba un día, lo recuperaba haciendo el doble de trabajo al día siguiente. Con este plan produje cinco novelas en cinco años. Fue por lo tanto mi aprendizaje profesional...”. Podemos agregar que estas cinco novelas no fueron publicadas en cincuenta años; pero Shaw había aprendido a escribir cuando trabajaba y a esperar mientras que escribía.

La importancia, que dicha ritualización inicial del trabajo, tuvo para las defensas internas del joven, puede verse en esas observaciones casuales (de

hecho, entre paréntesis) en las cuales, con profundo ingenio, casi con recato, reconoce su “insight” psicológico: “Yo era excesivamente laborioso, por el hábito adquirido del trabajo (yo trabajaba en la misma forma que mi padre bebía)”.<sup>4</sup> En esta forma, muestra la combinación de adicción y de compulsión que vemos en la base de muchos cuadros patológicos en la tardía adolescencia y en algunos casos en la adultez temprana.

Shaw describe detalladamente la “neurosis de la bebida” de su padre, encontrando en ella una de las raíces de su humor cáustico: “tenía que ser o bien una tragedia familiar o una broma familiar”. Pues su padre no era “ni amigo de fiestas, ni pendenciero, ni jactancioso, pero sí desgraciado, torturado por la vergüenza y el remordimiento”. Sin embargo, el padre tenía “un sentido humorístico del anticlimax que yo heredé de él y que usé con mucho éxito cuando me hice escritor de comedias.

El efecto de los anticlimax depende de nuestro sentido del carácter sagrado (del tema). .. Parece providencial que yo fuese conducido hacia los elementos esenciales de la religión por la reducción de cada elemento artificial o ficticio de ella, al más irreverente absurdo”.

La tragedia edípica de Shaw está representada —con el simbolismo de los sueños— en su nivel más inconsciente, en lo que parece ser un recuerdo pantalla que da a entender la impotencia de su padre: “Un niño que ha visto al padre con un ganso mal envuelto bajo un brazo y un jamón en el otro (adquiridos ambos, sabe Dios con qué fantasía de festejo) topándose, con la pared del jardín en la creencia que estaba abriendo el portón; y transformando su sombrero de copa en una concertina en todo este proceso; este niño en vez de sentirse abochornado y angustiado por este espectáculo, se había sentido tan acaparado por el júbilo (bulliciosamente compartido por el tío materno) que a duras penas había podido rescatar el sombrero y la gabardina del padre. Evidentemente, este niño no hará tragedias a causa de bagatelas, pero hará bagatelas de las tragedias. Si uno no puede librarse de la estructura familiar vale más reírse de ella”. Es obvio que el análisis de los elementos psicosexuales de la identidad de Shaw podrían encontrar un punto de apoyo sólido en este recuerdo.

---

<sup>4</sup> La letra en negrita es mía.

Shaw explica la ruina de su padre por medio de un brillante análisis de las condiciones socioeconómicas de la época, ya que su padre era “primo segundo de un barón y la madre era hija de un gentilhomme terrateniente cuya norma era: «en caso de apremio, hipotecar»”. Este era “mi tipo de pobreza”. Su padre era “el hijo menor de un hijo menor que a su vez era hijo de un hijo menor”. Sin embargo, llega a la conclusión:

“Decir que mi padre no podía proporcionarme una educación universitaria, es lo mismo que decir que no podía proporcionar-se bebida o que yo no tenía medios para llegar a ser un autor. Ambas aseveraciones son verdaderas; pero él bebía y yo me transformé en un escritor a pesar de todo”.

El recuerda a su madre en “una o dos contadas y deliciosas ocasiones en que me enmantecó el pan. Lo enmantecaba densamente en vez de limpiar solamente el cuchillo en él”. La mayoría de las veces, dice significativamente, ella meramente “lo aceptaba como un fenómeno natural y rutinario y daba por sentado que yo continuaría en esta forma”. Debe de haber existido algún elemento tranquilizador en esta forma de ser impersonal, puesto que, “técnicamente hablando, podría decir, que fue la peor madre concebible, siempre, sin embargo, dentro de los límites del hecho, que ella era incapaz de ser despiadada con ningún niño, animal o flor o por cierto con ninguna persona o cosa fuera lo que fuese. . . “. Si toda esta actitud no pudiese ser considerada, ni como amor maternal, ni como educación, Shaw aclara: “Yo fui tan mal educado porque mi madre fue excesivamente bien educada... En su justa reacción contra.., las restricciones y tiranías, los rezongos, las intimidaciones, y los castigos que soportó en su infancia.., llegó a una actitud negativa y no teniendo otro sustituto para proponerse, instituyó la anarquía doméstica, hasta el punto que la naturaleza de las cosas lo permite”. La madre de Shaw era en conjunto “una mujer totalmente insatisfecha y desilusionada.., que soportaba a un marido incurablemente frustrador y a tres hijos sin interés, demasiado crecidos para ser mimados como los animales y los pájaros que a ella tanto le gustaban y sin tener en cuenta la humillante insuficiencia de los ingresos de mi padre

Shaw tuvo en realidad tres figuras parentales, el tercero de los cuales era un hombre llamado Lee (“meteórico”, “impetuoso”, “magnético”) que le daba

clases de canto a su madre, y reconstruía la familia de los Shaw, al mismo tiempo que los ideales de Bernard: “Aunque suplantaba a mi padre como factor dominante de la familia y se apropiaba de toda la actividad y de todo el interés de mi madre, estaba tan absorbido por su música, que no se producían rozamientos y no existía casi ninguna vinculación entre los dos hombres: esto, por cierto, nada desagradable. En un comienzo sus ideas nos asombraban. Decía, que la gente debía dormir con las ventanas abiertas. Esta osadía me conmovió; y la he seguido desde entonces. Comía pan negro en vez de blanco: asombrosa excentricidad”.

De los diversos elementos de formación de la identidad que surgen de un cuadro tan confuso, señalaré únicamente tres, seleccionados y simplificados y que denominaré en la siguiente forma:

### **1. El snob**

“En comparación con otras familias inglesas similares, nosotros teníamos un poder de dramatización irrisoria que hacía que los huesos del esqueleto de los Shaw sonasen más fuerte”. Confiesa Shaw que “el snobismo familiar estaba mitigado por el sentido del humor de la familia”. Por otra parte “aun cuando mi madre no era una snob consciente, la aureola que circundaba a una dama irlandesa de su época, no era aceptada por las familias británicas suburbanas, todas snob, que estaban fuera de su alcance (como clientes de clases particulares)”. Shaw tenía “un profundo desdén por el snobismo familiar” hasta que descubrió que uno de sus antepasados había sido un Conde de Fife: “Esto era tan ventajoso como ser descendiente de Shakespeare, al que yo había resuelto inconscientemente, encarnar desde la cuna

### **2. El ruidoso**

A través de toda su infancia, Shaw parece haber estado expuesto a una oceánica invasión de música: la familia tocaba trombones y oficleidos, violoncelos, arpas y panderetas y sobre todo (o peor que todo) cantaba. Finalmente aprendió el piano con dramático estrépito: “Cuando recuerdo todos los ruidos, silbidos, estruendos y gruñidos impuestos a los nervios de los vecinos durante este proceso de educación, me consume un estéril

remordimiento... Solía volver (mi madre) casi loca con mi favorita selección del Anillo de los Nibelungos, de Wagner, que era para ella «todo recitativo» y espantosamente discordante en ese aspecto. Nunca se quejó, en ese momento, pero lo confesó luego que nos separamos, y decía que algunas veces se había ido a llorar. Si hubiese cometido un crimen, pienso que no tranquilizaría mucho a mi consciencia; pero esto, no puedo soportar pensarlo”. Pero el hecho que él haya aprendido a estar en paz con sus atormentadores musicales, aparenta no comprenderlo. En vez, logra un compromiso transformándose en un crítico musical, es decir, en un o que escribe sobre el ruido hecho por otros. Como crítico, eligió el *nom de plume* de Corno de Bassetto, realmente el nombre de un instrumento que nadie conocía y que es tan tenue en su timbre que “ni el diablo podría hacerlo sonar”. Sin embargo, Bassetto se transformó en un crítico de brillo y aun más: “No puedo negar que Bassetto era a veces vulgar; pero eso no tiene importancia si hace reír. La vulgaridad es una parte necesaria del equipo completo de un autor; y el payaso es a veces lo mejor del circo”.

### **3. El diabólico**

La forma como el pequeño niño, indudablemente solitario (cuya madre escuchaba únicamente a los que producían sonidos musicales), llegó a usar su imaginación para platicar con un importante compañero imaginario, está descrita así: “En mi niñez ejercité mi talento literario componiendo mis propias oraciones.., eran una creación literaria para agasajar y conciliar con el Todopoderoso”. De acuerdo con la irreverencia de su familia en materia de religión, la piedad de Shaw tenía que buscar y atenerse a lo más profundo de la religión, que en él se transformó prontamente en una mezcla de “integridad intelectual sincronizada con el nacimiento de una pasión moral”. Al mismo tiempo, parece que Shaw era (en una forma sin especificar) un niño diablo. En cualquier forma, él no se sentía él mismo cuando era bueno: “Incluso cuando me portaba bien, lo hacia sólo teatralmente, pues, como dicen los actores, yo me veía en ese papel”. Y verdaderamente, en la consumación de su lucha por la identidad, por ejemplo. “cuando la naturaleza completó mi apariencia aproximadamente en 1880 (tuve un leve atisbo de barba hasta los 24 años) me

encontré equipado con crecientes bigotes y cejas, y con los orificios de la nariz sarcásticos del diablo de la ópera (de Gounod) cuyas arias había cantado de niño y cuyas actitudes había tomado en mi adolescencia. Más tarde, con el transcurso del tiempo, comencé a percatarme que la ficción imaginada es, a la vida, lo que el esbozo al cuadro, o la concepción a la estatua”.

En esta forma, G. B. S. muestra más o menos explícitamente, sus propias raíces.

No obstante, es interesante destacar que lo que finalmente **llegó a ser**, es sentido por él como algo innato, así como la imaginada reencarnación en Shakespeare relatada anteriormente.

Cuando se refiere a su maestro, dice: “me intrigaba cuando intentaba enseñarme a leer; porque me es imposible recordar algún momento en el cual una página impresa fuese ininteligible para mí, y sólo me queda suponer que yo era un literato nato”. No obstante, pensó en la posibilidad de elegir diversas profesiones: “Alternativamente pensaba llegar a ser un Miguel Ángel o soñaba con transformarme en un Badaeli (observen, al pasar, que en cuanto a la literatura, no tenía sueño alguno, en la misma forma que un pato no sueña con nadar)”.

También se llamaba a sí mismo “un comunista nato” (que quiere decir un socialista Fabiano) y explica la paz que se obtiene cuando se **acepta ser aquello para lo cual uno parece estar destinado**; el “comunista nato” sabe dónde se encuentra y sabe también ubicar a esa sociedad que tanto lo intimidó. Se curó de su MAUVAISE HONTE. . . “. Por lo tanto “el estar completamente fuera de” se transformó gradualmente en su manera de estar completamente dentro de: “Estaba, dice, fuera de la sociedad, fuera de la política, fuera de los deportes, fuera de la Iglesia” — “siempre dentro de los límites de la barbarie británica. . En cuanto se trató de música, pintura, literatura, se invirtió la situación: fui yo, entonces, el que me adentré en ellas”.

A medida que investiga estos rasgos en su infancia, Shaw se da cuenta que sólo, gracias a un **tour de force**, pudo integrarlos: “. . . si debo ser absolutamente sincero en este punto debo agregar que la mera bisoñería que pronto se desvanece se complicó con una profunda extrañeza, que ha hecho de mí, durante toda mi vida, un viajero de este planeta y no un nativo de él. Ya sea porque nací loco o un poco demasiado cuerdo, mi reino no era de este mundo; me sentía como en mi casa, únicamente, en el reino de mi

imaginación, y a gusto sólo con la muerte poderosa. Por lo tanto, tenía que transformarme en un autor y crearme una personalidad fantástica, apta para tratar con los seres humanos y que se adaptase a los distintos papeles que tuve que desempeñar como autor, periodista, político, hombre de comité, hombre de mundo, etc., etc.". En todas estas actividades, infiere Shaw significativamente "posteriormente tuve demasiado éxito". Esta comprobación es singularmente esclarecedora, en cuanto a ese vago disgusto que experimentan las personas de edad, al rever la inextricable identidad que han adquirido en su juventud, disgusto, que en algunas personas, puede transformarse en desesperación mortal y también en expresiones psicósomáticas incomprensibles.

Con estas palabras, Shaw recapitula, la terminación de la crisis, de sus años tempranos: "Tenía hábitos intelectuales; y a la combinación natural de sentido crítico con medios literarios le faltaba, únicamente, una comprensión clara de la vida, a la luz de una teoría comprensible: es decir, una religión en la cual integrarse para lograr una acción triunfante". Aquí, el viejo Cínico, reduce a una frase, todo aquello que debe sumarse para la formación de la identidad de cualquier ser humano. Para traducir esta idea a términos más aptos a la discusión de la psicología del yo y de la psicopatología, expresamos: El hombre, para ocupar un lugar en la sociedad, debe adquirir la capacidad de utilizar una facultad predominante, libre de conflictos para ser elaborada en una ocupación. Debe adquirir también: recursos ilimitados del ejercicio inmediato de esta ocupación y de la camaradería y de la tradición que ella provee; y finalmente una teoría inteligible del proceso de la vida, que el viejo ateo, deseoso de chocar hasta el final, llama religión. El socialismo Fabiano al cual él adhirió es en realidad: una ideología. En un sentido general, utilizaremos este término, por razones que sólo podrán ser aclaradas al final de este trabajo.

## II.— GENETICA: IDENTIFICACION E IDENTIDAD

1

Las autobiografías de los individuos extraordinarios (y con una

autopercepción extraordinaria) son una fuente sugestiva de “insight” en el desarrollo de la identidad. Para hallar un punto de referencia, para la discusión de la genética universal de la identidad, sería útil investigar su desarrollo a través de historias de la vida de individuos o en episodios vitales significativos de seres “corrientes”, seres cuyas biografías no se han transformado ni en autobiografías profesionales (como en el caso de Shaw) ni en casos clínicos como los que serán tratados en el próximo capítulo. No podré brindar ese material aquí; en su omisión, debo atenerme a las impresiones extraídas de la vida cotidiana o recabar datos de la participación que me cupo, en uno de los estudios longitudinales, poco frecuentes, del desarrollo de la personalidad del niño;<sup>5</sup> o también del trabajo dirigido de jóvenes levemente perturbados.

La adolescencia es la etapa última y final de la infancia. Sin embargo, el proceso de la adolescencia sólo se cumple enteramente, cuando el individuo ha subordinado sus identificaciones infantiles a un nuevo tipo de identificación logrado al asimilar la sociabilidad y al mismo tiempo en el aprendizaje competitivo con sus compañeros de la misma edad. Estas nuevas identificaciones no se caracterizan ya por el aspecto de juego de la infancia o por el sabor experimental de la juventud: con lamentable urgencia fuerzan al joven a realizar elecciones y decisiones que, con rapidez creciente, llevan a una más concluyente autodefinición, a un modelo de papel a desempeñar irreversible, y por lo tanto a compromisos “de por vida”. La tarea que deben realizar, en este momento, los jóvenes y la sociedad, es enorme; es necesario, en los diferentes individuos y en las diferentes sociedades, una gran variación en cuanto a la duración, intensidad y a la ritualización de la adolescencia. Las sociedades ofrecen, de acuerdo a las necesidades del individuo, períodos más o menos sancionados, intermediarios entre la infancia y la adultez, con una moratoria psicosocial instituida, durante la cual se permite elaborar, en el tiempo, una pauta duradera de “identidad interna

Al postular un “período de latencia” que precede a la pubertad, el psicoanálisis ha reconocida una especie de moratoria psicosexual en el desarrollo humano, un periodo de postergación que permite al futuro consorte y padre “ir a la escuela” (i. e., ser sometido al aprendizaje que se provee en su tecnología) y aprender los rudimentos técnicos y sociales de la situación de trabajo. No es dentro de los límites de la teoría de la libido, sin embargo, donde

---

<sup>5</sup> Estudio de la dirección del niño. Institute of Child Welfare. University of California

se debe ubicar adecuadamente el segundo período de postergación llamado adolescencia. En este período, el individuo sexualmente maduro, está más o menos retardado en su capacidad psicosexual para la intimidad y en su aptitud psicosocial para la paternidad. Este período puede ser visto como una moratoria psicosocial, durante el cual, el individuo en una libre experimentación de papeles, puede encontrar su ubicación en algún sector de la sociedad; ubicación que está claramente delineada y que, sin embargo, parece estar hecha únicamente para él. Al lograrlo, el joven adulto adquiere un sólido sentido de su continuidad interna y de su identidad social que unirá lo que él fue de niño, y lo que él **está por llegar a ser**, y reconciliará su **concepto de sí mismo** y el **reconocimiento que la comunidad** hace de él.

Si, más adelante, hablamos de la respuesta de la comunidad a la necesidad del joven, de ser “reconocido” por los que lo rodean, nos referimos a algo por encima de un mero reconocimiento de lo realizado; porque es de gran importancia para la formación de la identidad del joven, que encuentre respuesta, y que se le dé función y estado como persona cuya transformación y cuyo crecimiento gradual tiene sentido para aquellos que empiezan a tener sentido para él. No ha sido suficientemente reconocido por el psicoanálisis, que dicho reconocimiento proporciona al yo un sostén absolutamente indispensable, para las tareas de la adolescencia, que son: tener las más importantes defensas del yo para ir contra la vasta y creciente intensidad de los impulsos (ahora revestidos de un aparato genital maduro, y un sistema muscular poderoso); aprender a consolidar los más importantes logros “libres de conflictos” de acuerdo con las oportunidades; y resintetizar todas las identificaciones infantiles en alguna forma única y sin embargo en concordancia con los papeles ofrecidos por un más amplio sector de la sociedad, ya sea ese sector la comunidad vecinal, un campo ocupacional anticipado, la asociación con personas de pensamiento semejante, O quizá (como en el caso de Shaw) la “poderosa muerte”.

2

Tanto desde el punto de vista lingüístico, como desde el punto de vista psicológico, identidad e identificación tienen raíces comunes. ¿Es la identidad,

por lo tanto, la mera suma de tempranas identificaciones o es meramente un conjunto adicional de identificaciones?

La limitada utilidad del mecanismo de identificación se vuelve obvia si se considera el hecho que ninguna de las identificaciones de la infancia (las cuales, en nuestros pacientes se presentan con una elaboración mórbida y con una contradicción mutua) podría, si fuesen sumadas unas a otras, transformarse en una personalidad en funcionamiento. Es cierto que habitualmente creemos que la tarea de la psicoterapia consiste en reemplazar identificaciones excesivas y mórbidas por otras más deseables. Pero, cada curación atestigua que las identificaciones “más deseables”, al mismo tiempo, propenden a estar subordinadas a una nueva identificación, es decir, a una única Gestalt que es más que la suma de sus partes. De hecho, la identificación como mecanismo tiene uso limitado. Los niños, en las distintas etapas de su desarrollo, se identifican con los aspectos parciales de las personas por las cuales se sienten más directamente afectados, ya sea en la realidad o en la fantasía. Sus identificaciones con los padres, por ejemplo, se centran en algunas partes del cuerpo sobrevaloradas o mal comprendidas, en capacidades o en las apariencias de un determinado papel. Estos aspectos parciales, además, son preferidos, no por su aceptación social (son con frecuencia las condiciones menos maduras de los padres), pero sí a causa de la naturaleza de la fantasía infantil que sólo, gradualmente, da paso a una anticipación más verdadera de la realidad social. Por lo tanto, la identidad final lograda al término de la adolescencia, no está subordinada a ninguna identificación única con personas del pasado: incluye todas las identificaciones significativas, pero también las altera de manera de legar un todo coherente y razonable.

Si, de un modo general, consideramos la introyección-proyección, la identificación, y la formación de la identidad, como los pasos por los cuales el yo avanza hacia un interjuego más maduro con las identidades de los modelos infantiles, el plan psicosocial siguiente indica:

El mecanismo de introyección y proyección que prepara la base para posteriores identificaciones, depende, para su relativa integración, de la satisfactoria reciprocidad (9) entre los adultos maternos y el niño cuidado por la madre. Sólo la experiencia de dicha reciprocidad proporciona un polo seguro de autoestimación desde el cual el niño puede alcanzar el otro polo: sus primeros “objetos” amorosos.

El destino de las identificaciones de la infancia, dependen, por otra parte, de la interacción satisfactoria del niño con una jerarquía de papeles creíbles y significativos, provistos por las generaciones que viven juntas en alguna forma de familia.

La formación de la identidad, en resumidas cuentas, comienza cuando la vigencia de las identificaciones termina. Surge del rechazo selectivo y de la mutua asimilación de las identificaciones infantiles y en su absorción por una nueva configuración, que, a su vez, depende del proceso por el cual una sociedad (a menudo a través de subsociedades) identifica al individuo joven, reconociéndolo como alguien que tenía que llegar a ser lo que es, y que siendo lo que es, se lo da por aceptado. La comunidad, a menudo con una desconfianza inicial, emite dicho reconocimiento (*más o menos* instituido) con *un* despliegue de sorpresa y placer al tomar conocimiento de un individuo recién surgido. Porque la comunidad, a su vez, se siente “reconocida” por el individuo que se preocupa por ser reconocido; puede darse, en el mismo juego, que la comunidad se sienta profunda y vengativamente rechazada por el individuo que parece no interesarse en ella.

3

Mientras que el final de la adolescencia es, por lo tanto, la etapa de una definida crisis de identidad, la formación de la identidad no comienza ni termina con la adolescencia: es un desarrollo que dura toda la vida, generalmente en forma inconsciente para el individuo y para su sociedad. Sus raíces se encuentran en el primer autoreconocimiento: existe, en el más temprano intercambio de sonrisas del niño, un algo de autorrealización, unido a un mutuo reconocimiento.

A través de toda la infancia se producen tentativas de cristalización que hacen que el individuo sienta y crea (comenzando con los aspectos más conscientes) que sabe más o menos quien es, sólo para encontrar que dicha autoseguridad repetidamente se desmorona ante la discontinuidad del desarrollo psicosocial (3). Podría darse por ejemplo, la discontinuidad entre las exigencias que se hacen a un niño pequeño, en *un* determinado medio, y los que se hacen a “un niño grande” quien, a su vez, puede muy bien preguntarse porqué se le hizo creer en un principio que ser pequeño era tan admirable, sólo

para verse forzado a trocar este estado despreocupado, por las obligaciones especiales del que es “grande ahora”. Esas discontinuidades pueden provocar unas crisis, y exigen una remodelación decisiva y estratégica de la acción, y, con ello compromisos, que pueden ser compensados por medio de un creciente y consistente sentido del valor social de dicha realización. El niño pequeño lindo, salvaje o bueno, que se transforma en un niño grande estudioso gentil, vigoroso, debe ser capaz —y debe ser capacitado— para combinar ambas categorías de valores en una identidad admitida, que le permita, en el trabajo y en el juego, en la conducta oficial o privada, ser (y dejar ser a los otros) un niño grande y un niño chico.

La comunidad apoya dicho desarrollo en la medida que permite al niño, en cada paso, orientarse hacia un “plan de vida” con distintas jerarquías representadas por individuos de distintas edades. La familia, el vecindario y la escuela proveen contacto e identificación experimental con niños más chicos y más grandes y con adultos jóvenes y viejos. El niño, en la multiplicidad de las sucesivas tentativas de identificación, comienza, por lo tanto, temprano, a hacer suposiciones de lo que sería ser mayor o de lo que se sentiría siendo menor, suposiciones que se vuelven parte de una identidad mientras que son, poco a poco, verificadas en experiencias decisivas de “adecuación” psicosocial.

4

En un principio, las fases críticas de la vida, han sido descritas por el psicoanálisis en términos de instintos y defensas, i. e., como “situaciones de peligro típicas” (23). El psicoanálisis se preocupó más de la intrusión de las crisis psicosexuales en las funciones psicosociales que de la crisis específica creada por la maduración de cada función. Tómese, por ejemplo, un niño que está aprendiendo a hablar: está adquiriendo una de las funciones principales que tiene un sentido de autonomía individual y que es una de las técnicas principales para extender el radio del “dar y tomar”. El mero indicio de la capacidad de producir sonidos intencionales y significativos obliga inmediatamente al niño a “decir lo que quiere”. Puede obligarlo a realizar, por medio de la verbalización propia, el logro de la atención que antes alcanzaba, como respuesta a meros gestos que expresaban sus necesidades. El habla no

sólo lo somete al tipo de voz que tiene y al modo de expresarse que desarrolla, sino que también lo define como alguien a quien responden los que lo rodean con dicción y atención cambiante. Ellos, a su vez, en lo sucesivo esperan ser comprendidos por él con menos explicaciones y gestos. Además una palabra hablada es un pacto: existe un aspecto de compromiso irrevocable en las aserciones recordadas por los demás, aunque el niño deba aprender tempranamente que ciertas aserciones (de los adultos) pueden cambiar sin dar cuentas mientras que otras (las del niño) no lo pueden. La vinculación intrínseca del lenguaje, no sólo en el campo de los hechos comunicables, pero si también con el valor social de la realización verbal y expresión de la verdad, constituye una experiencia estratégica que fortalecerá (o no) el desarrollo de un yo sano. Es este aspecto psicosocial del lenguaje que se debe aprender a relacionar con los aspectos psicosexuales mejor conocidos ahora representados, por ejemplo, en el goce autoerótico de la palabra; o el uso de la palabra como “contacto” erótico; o la posibilidad, en el uso del lenguaje de enfatizar y eliminar sonidos molestos. Por lo tanto, el niño puede llegar a desarrollar en el uso de la voz y de la palabra, una especial combinación de lloriqueo y de canto, de juicio y de discusión, como parte de un nuevo elemento de su futura identidad, es decir, el elemento “alguien que habla y al que se le habla en distintas formas”. Este elemento se vinculará, a su vez, con los otros elementos del desarrollo de la identidad del niño (es inteligente, o lindo, o fuerte) y será comparado con otras personas, vivas o muertas, juzgados como buenas o malas.

Corresponde al yo integrar los aspectos psicosexuales y psicosociales en un determinado nivel del desarrollo, y, al mismo tiempo, integrar la relación de los elementos de identidad recién asimilados con los ya existentes. Puesto que las tempranas cristalizaciones de la identidad pueden estar sometidas a conflictos renovados cuando la cantidad y la calidad del impulso, el aumento de la capacidad mental, y las nuevas y a menudo conflictuales exigencias sociales, hacen que las adaptaciones anteriores se vuelvan insuficientes y que las oportunidades y las gratificaciones anteriores parezcan sospechosas. Sin embargo esas crisis del desarrollo y normativas se diferencian de las crisis impuestas, traumáticas y neuróticas en la medida que el proceso del crecimiento provee nueva energía en la misma forma que la sociedad brinda nuevas

y específicas oportunidades (de acuerdo al concepto dominante e instituido de las fases de la vida). Por lo tanto, desde un punto de vista genético, el proceso de la formación de la identidad aparece como una **configuración evolutiva**, configuración que se establece gradualmente en sucesivas síntesis del yo a lo largo de la infancia; es, por lo tanto una configuración que integra gradualmente **los dotes constitucionales, la idiosincrasia de las apetencias de la libido, las capacidades privilegiadas, las identificaciones significativas, las defensas eficaces, las sublimaciones satisfactorias, y los papeles (roles) consistentes.**

5

La reunión final de todos los elementos de identidad convergentes al término de la infancia (y el abandono de los elementos divergentes)<sup>6</sup> es una empresa muy ardua: ¿cómo es posible que se confie su realización a una etapa tan “anormal” como la adolescencia? Es necesario recordar aquí nuevamente que a pesar de la similitud de los “síntomas” y de los episodios de la adolescencia con los síntomas y los episodios neuróticos y psicóticos, la adolescencia no es una enfermedad pero sí una crisis normativa, i. e., una fase normal con aumento de conflictos caracterizada por una aparente fluctuación del vigor del yo y también por un aumento considerable de su potencial. Las crisis neuróticas y psicóticas se expresan por una propensión a una determinada autoperpetuación; por un creciente desgaste de la energía defensiva; y por un aislamiento social agudizado; en tanto que las crisis normativas son relativamente más reversibles o más bien cambiables y se caracterizan por la abundancia de energía disponible que, por cierto, revive angustias latentes y provoca nuevos conflictos, pero también apoya nuevas y ampliadas funciones del yo en su búsqueda placentera de nuevas obligaciones y asociaciones. Lo que puede parecer, el comienzo de una neurosis (si hacemos un examen prejuiciado) a menudo no es más que una crisis agravada, que puede autodestruirse y en realidad, contribuir al proceso de la formación de la

---

<sup>6</sup> William James hablo del “viejo yo alternativo” y aun del “self criminal” (26).

identidad.

Es cierto, por supuesto, que el adolescente en la etapa Postrera de la formación de su identidad, está propenso a sufrir con más intensidad, que en los períodos anteriores, a causa de la difusión de los papeles (roles); y también es verdad que dicha difusión hace que más de un adolescente se encuentre indefenso ante el impacto repentino de trastornos malignos latentes. Entre tanto, es importante destacar que la personalidad del adolescente no demasiado neurótico, difusa y vulnerable, reticente e inconclusa y sin embargo, exigente y obstinada, contiene muchos elementos necesarios de la experimentación semideliberada de los papeles (roles) del tipo: “Lo desafío” y “Yo me atrevo”. Por lo tanto, parte de esta aparente difusión debe ser considerada como juego social y en consecuencia como una verdadera sucesión genética del juego infantil. En forma similar, el desarrollo del yo del adolescente requiere y permite esta actitud de juego y, si se anima, experimentará con su fantasía y con su introspección. Realmente es alarmante “lo próximo a la conciencia” que se encuentran, en la percepción del adolescente, los contenidos peligrosos del ello (como ser, el complejo de Edipo); y todo esto, en primer término a causa de los riesgos obvios creados en la psicoterapia, cuando, uno, en la diligente tarea de “hacer consciente” empuja a alguien sobre el precipicio del inconsciente, a ese alguien que se estaba inclinando ya un poco en demasía. Este inclinarse, del adolescente, sobre cierta cantidad de precipicios es un experimento con experiencias, que son por lo tanto más manejables por el control del yo, siempre que puedan, en alguna forma, ser comunicadas a otros adolescentes, en uno de esos extraños mensajes cifrados establecidos para ese tipo de experiencias, y siempre que la respuesta, de los mayores y de los adultos neuróticos, no sea dada con una gravedad perjudicial. Lo mismo puede decirse de la “fluidez de las defensas” del adolescente que tan a menudo causa perplejidad a los clínicos. Esta fluidez no es patológica en muchos casos: pues la adolescencia es una crisis en la cual, únicamente, las defensas fluidas, pueden sobrepasar el sentimiento de sentirse víctima de exigencias exteriores e interiores y en la cual solamente los ensayos y los errores pueden llevar al camino más exitoso de la acción y de la autoexpresión.

En general, se puede decir que en cuanto a la diversión social de los adolescentes, no es fácil sobreponerse a los prejuicios similares a los que se

tuvieron con anterioridad con respecto a la naturaleza del juego infantil. Alternativamente, consideramos dicha conducta como fuera de lugar, innecesaria o irracional y le atribuimos significados exclusivamente regresivos y neuróticos. En la misma forma que en épocas anteriores se descuidó los juegos espontáneos de los niños para atender los juegos solitarios,<sup>7</sup> ahora también no se valora correctamente la conducta de la pandilla adolescente en su mutua “cohesión”. Los niños y los adolescentes en sus presociedades se proveen mutuamente de una moratoria sancionada y de un apoyo conjunto para experimentar libremente con los peligros internos y externos (incluyendo los que emanan del mundo de los adultos). Sea que las capacidades recién adquiridas del adolescente retrocedan o no, a un conflicto infantil, depende, en gran parte, de las oportunidades y recompensas a su alcance en su pandilla, en la misma forma, que la sociedad, en términos más serios, lo invita, sin limitación, al tránsito de la diversión social, al trabajo experimental y de los rituales de la transición a la realización acabada; todo esto debe basarse en un contrato implícito mutuo entre el individuo y la sociedad.

6

¿El sentido de la identidad es consciente? A veces, por supuesto, parece ser excesivamente consciente. Porque ante el doble requerimiento de las necesidades vitales internas y las exigencias externas inexorables, el individuo que aún está experimentando, puede resultar víctima de una excesiva conciencia de identidad transitoria que es la esencia común de muchas formas de la “conciencia de sí mismo” exagerada, típica de la juventud. Mientras que el proceso de la formación de la identidad se prolonga (factor que puede ocasionar adquisiciones creadoras) la preocupación con respecto a la “propia imagen” también prevalece. Tenemos, por lo tanto, más conciencia de nuestra identidad cuando estamos a punto de obtenerla y cuando (en lo que en el cine se llama “doble toma”) estamos algo sorprendidos de hacer su conocimiento; o también, cuando estamos a punto de entrar en una crisis y sentimos la irrupción de una identidad difusa, síndrome que luego será descrito.

Por otra parte, preconscientemente, el sentido creciente de identidad, es vivido como bienestar psicosocial. Sus más obvias concomitancias son:

---

<sup>7</sup> Ver los informes de Ana Freud y de Sofía Dono, con un nuevo enfoque sobre los niños desplazados.

sentirse cómodo en su propio cuerpo, “saber adonde se va” y tener la certidumbre interior del reconocimiento anticipado de los que nos consideran. Sin embargo, dicho sentido de identidad no se obtiene ni se mantiene, de una vez y para siempre. Lo mismo sucede con “la conciencia tranquila”; se gana y se pierde constantemente aunque, en las postrimerías de la adolescencia, se desarrollan y se fortalecen métodos de preservación y de restauración más duraderos y económicos.

Como cualquier aspecto del bienestar o en cuanto a la síntesis del yo, el sentido de la identidad tiene un aspecto preconsciente accesible al conocimiento; y que se manifiesta en una conducta observable a simple vista; y que tiene concomitancias inconscientes que sólo pueden ser desentrañadas por medio de tests psicológicos o por técnicas analíticas. Siento, en este punto, sólo poder presentar un alegato que espera una demostración posterior. Este alegato se refiere a series enteras de criterios de salud psicosocial que logra su elaboración específica y su culminación relativa en etapas del desarrollo anteriores y posteriores a la crisis de identidad: esto se encuentra condensado en la figura 1.

La identidad vendría a ser un único concepto dentro de una más vasta concepción del ciclo de la vida humana que mira a la niñez como un gradual desarrollo de la personalidad a través de crisis psicosociales a fases específicas; en otras oportunidades (9, 10) he expuesto este principio epigenético, recurriendo a un diagrama, que, con sus múltiples casilleros vacíos, por intervalos, puede servir para verificar nuestros intentos de detallar el desarrollo psicosocial. (Sin embargo, un diagrama de este tipo, sólo puede recomendarse a quienes, prestándole la debida atención, sepan tomarlo y dejarlo). En un comienzo el diagrama (figura 1) contenía únicamente los casilleros **en negrita**, a lo largo de la diagonal descendente (I,1 — II,2 — III,3 — IV,4 — V,5 — VI,6 — VII,7 — VIII,8) y para facilitar la orientación inicial, se ruega al lector que por el momento, ignore, toda otra entrada. La diagonal muestra la secuencia de las crisis psicosociales. Cada uno de los casilleros está repartido con un criterio de salud psicosocial relativa y el correspondiente criterio de enfermedad psicosocial relativa; en el desarrollo “normal” el primero debe sobrepasar persistentemente (aun cuando nunca lo logrará totalmente) sobre el segundo. Por lo tanto, la secuencia de las etapas representa el desarrollo sucesivo de las partes integrantes de la personalidad psicosocial.

Cada parte existe en alguna forma (verticales) antes de llegar a ser una “fase específica”, i. e., cuando “sus” crisis psicosociales se precipitan, debido a la capacitación del individuo y a la presión de la sociedad, simultáneamente. Pero es al término de “su” etapa cuando cada componente logra su dominio y encuentra una solución más o menos duradera. En esta forma cada componente se relaciona sistemáticamente con todos los otros y luego todo depende del desarrollo adecuado y del momento apropiado; aun cuando el carácter individual y el tipo de la sociedad determinan la duración del desarrollo de cada uno de ellos y por lo tanto de su interrelación. Por lo tanto, al término de la adolescencia la identidad se transforma en una fase-específica (V.5), i. e., y debe encontrar una determinada integración como acuerdo psicosocial relativamente libre de conflictos o permanecer defectuoso y lleno de conflictos.

Con esta gráfica delante nuestro, estableceré, qué aspectos de esta materia compleja **no** serán tratados en esta publicación; por una vez, no podremos hacer más definitivas las designaciones momentáneas (en la vertical 5) de los precursores de la identidad del yo infantil. Por el contrario, abordamos la niñez en forma no tradicional, es decir, desde la temprana adultez retrospectivamente y con el convencimiento que el desarrollo temprano no puede ser comprendido en sus propios términos exclusivamente, y que las más tempranas etapas de la niñez no pueden ser explicadas sin una teoría unificada de la dimensión total de la preadultez. Porque el niño pequeño (mientras que no se ve libre del caos de la rabia inútil) no construye y no puede construir de un modo nuevo, fuera de sí mismo el curso de la vida humana, como parece indicar la repetida reconstrucción posterior de sus más tempranas experiencias. El niño pequeño vive en una sociedad con ciclos vitales y con una mutua interdependencia; y guiando sus impulsos y sus sublimaciones. Esta verdad requiere una discusión del enfoque psicoanalítico del “ambiente” al cual volveremos hacia el final de este trabajo.

La segunda omisión sistemática concierne a las etapas psicosexuales. Los lectores que han estudiado los diagramas del desarrollo psicosexual en Infancia y Sociedad (9) saben que estoy tratando de facilitar la comprensión del relato detallado de la concordancia de la epigénesis psicosexual y de la epigénesis psicosocial, i. e., los dos cuadros, en consonancia con los cuales, las partes componentes, presentes a través del desarrollo, llegan a su florecimiento, en las etapas sucesivas. A lo largo de este trabajo, está dado

implícitamente el carácter inseparable de estos dos cuadros, aun cuando, únicamente el cuadro psicosexual y de hecho, sólo una etapa de él, es tratado aquí.

Por lo tanto, ¿a qué fuente de “insight” psicoanalítico tradicional pertenecemos? En primer término a la patografía; en este caso a la descripción clínica de la difusión de la identidad. Esperando, por esta razón aclarar el tema de la identidad enfocándola desde un ángulo más corriente, entonces retomaremos el propósito global de comenzar “extractando”, al decir de Freud “de la psicopatología lo que pueda beneficiar a la psicología normal.”

### III.— PATOGRAFIA: EL CUADRO CLINICO DE LA DIFUSION DE LA IDENTIDAD

La patografía sigue siendo la fuente tradicional del “insight” psicoanalítico. En lo que *sigue*, esbozaré *un* síndrome de trastornos de la gente joven que no pueden, ni hacen uso de la moratoria instituida en su medio, ni pueden crear ni mantener por sí mismos (como Shaw hizo) una Única moratoria propia. En lugar de esto, ellos recurren a los psiquiatras, sacerdotes, jueces y (debemos agregar) a los oficiales de reclutamiento, de manera de obtener un lugar autorizado y a menudo molesto en el cual poder esperar.

Las fuentes de información que dispongo son las historias de una cantidad de jóvenes pacientes que quisieron ser tratados, debido a un período de agudos trastornos, entre los diez y seis y veinticuatro años. Personalmente, vi a pocos, y menos fueron tratados por mí; un número mayor fueron informados en entrevistas de supervisión o en seminarios en el Austen Riggs Center en Stockbridge y en Western Psychiatric Institute en Pittsburgh; la mayoría son ahora pacientes registrados en el Austen Riggs Center. Mi reseña compuesta de estas historias recordará, inmediatamente al lector, los problemas de diagnóstico y técnicos que se encuentran, en general, en los adolescentes (5) y en especial en cualquier cantidad de casos dudosos de jóvenes (28) que habitualmente se diagnostican como pre-esquizofrenia o trastornos graves del carácter con tendencias paranoides, depresivas, psicopáticas, etc. No se discutirán aquí esos diagnósticos bien definidos. Sin embargo, intentaremos fijar nuestra atención en ciertos rasgos comunes, representativos de las crisis

vitales corrientes, compartidas por la totalidad de este grupo de pacientes como consecuencia (temporal o final) de la incapacidad de sus yo de lograr una identidad por lo tanto, soportan todos, una aguda difusión de su identidad. Es obvio, que solamente la presentación de casos detallados haría comprensible la necesidad cabal de conocimiento de dichas “fases específicas” que muestran la tarea vital compartida por un grupo de pacientes, al mismo tiempo que el criterio de diagnóstico que los diferencia. Entretanto, espero que mi reseña mostrará una especie de veracidad impresionista. El hecho, que los casos conocidos por mi, fuesen vistos en una institución privada en Berkshires, y en una clínica pública en el industrial Pittsburgh, sugiere que por lo menos los dos extremos de las situaciones psicoeconómicas de los Estados Unidos (y por lo tanto, dos formas extremas de los problemas de identidad), están representadas aquí. Esto significaría que dichas familias, debido a su posición extrema en la escala de movilidad de clases y de Americanización, pueden haber comunicado a sus hijos un cierto desamparo en relación con sus oportunidades de participar en (o desafiar exitosamente) las costumbres americanas dominantes y en los símbolos de éxito.<sup>8</sup> De qué manera y en qué forma los trastornos descritos aquí, también caracterizan a aquellos más cómodamente ubicados en algún lugar cerca del medio de la escala socioeconómica, es todavía un interrogante abierto.

## 1. Momento de la crisis

Habitualmente, se manifiesta el estado de identidad difusa aguda, en el momento cuando el individuo joven se encuentra expuesto a una combinación de experiencias que requieren simultáneamente su compromiso con la intimidad física (no siempre declaradamente sexual), con una elección ocupacional decisiva, con una competencia decidida y con una autodefinición psicosocial. Una joven liceal, previamente sobreprotegida por una madre conservadora, que está tratando de olvidar un pasado no tan conservador,

---

<sup>8</sup> Ver capítulos VIII (Status y rol) y XI (Clase social) en (31). Para un reciente enfoque psicoanalítico del Rol y Status, ver (1).

puede al entrar al liceo (college) encontrarse con gente de ambientes radicalmente diferentes, entre las cuales debe elegir a sus amigos y sus enemigos; costumbre radicalmente diferente, en especial, con relación a los sexos que debe aceptar o repudiar; y un compromiso de tomar decisiones y hacer elecciones que requiere una implicancia competitiva irreversible o aún el liderato. A menudo, se encuentra rodeado de gente joven muy “distinta”, agradable despliegue de valores, modales y símbolos de los cuales uno u otro de sus padres o abuelos tiene una nostalgia encubierta, aunque aparentemente despreciándolos. Las decisiones y las elecciones y sobre todo el éxito en cualquier dirección actualiza identificaciones conflictuales e inmediatamente amenaza reducir el inventario de nuevas tentativas de elección; y en el preciso momento cuando el tiempo es la esencia, cada paso puede establecer un precedente valedero en la autodefinición psicosocial, i. e. en el “tipo” que uno viene a representar en los tipos de los compañeros de su edad (que parecen tan ansiosos de encontrar su “tipo”). Por otra parte, cualquier marcada acción de evitar elecciones (i. e., moratoria por carencia) lleva a un sentimiento de aislamiento externo y a un vacío interno que deja la puerta abierta a viejos objetos libidinosos y junto con esto, a sentimientos incestuosos conscientes que producen perplejidad; a formas más primitivas de identificación; y (en algunos) a una renovada lucha con introyecciones arcaicas. Este empuje regresivo, a menudo, recibe la mayor atención de los que trabajan en este campo, parcialmente porque se está en un terreno más familiar dondequiera que se pueden discernir signos de regresión a psicosexualidad infantil. Sin embargo, los trastornos que discutimos aquí, no pueden ser comprendidos sin cierto “insight” en la naturaleza específica de la regresión transitoria de la adolescencia como un intento de postergar y eludir, como si se tratara de una hipoteca psicosocial. Puede sobrevenir un estado de parálisis, cuyo mecanismo parece haber sido ideado para mantener una elección y un compromiso mínimo actual, con una convicción interna máxima de ser todavía el que elige. Solamente, pocos aspectos de la forma complicada de presentarse esta patología, pueden ser discutidos aquí.

## 2. El problema de la intimidad

El cuadro que acompaña el capítulo precedente muestra “Intimidad vs. Aislamiento” cómo la esencia del conflicto que sigue al de “Identidad vs. difusión de identidad”. El hecho de que nuestros pacientes hagan una crisis en una edad que es considerada, apropiadamente, más como preadulta que postadolescente, se explica por la razón que a menudo, solamente el intento de embarcarse en una camaradería íntima y enfrentar una competencia o una intimidad sexual, revela plenamente la debilidad latente de la identidad.

El verdadero “ajuste” con los demás es el resultado y la prueba de una firme autodelimitación. Cuando el individuo joven busca, por lo menos en forma de tanteo, una intimidad agradable en la amistad y en la competencia, en el sexo y en el amor en la discusión y en la chismografía, está propenso a experimentar una tensión particular, como si cada intento de ajuste pudiera transformarse en una fusión interpersonal acarreado una pérdida de identidad, y requiriendo por lo tanto una más tensa reserva interna, y una cautela en el compromiso. Si el joven no resuelve dicha tensión, puede aislarse y lograr, en el mejor de los casos, sólo relaciones interpersonales estereotipadas y formales; o puede, a través de repetidos intentos turbulentos y de repetidos fracasos desalentadores, buscar intimidad con los más inverosímiles compañeros. Puesto que, cuando falta un sentido firme de la identidad, aun la amistad y los negocios se vuelven intentos desesperados de delinear las líneas borrosas de la identidad en una contemplación en el espejo narcisista; enamorarse, en ese momento, a menudo significa caer dentro de la propia imagen en el espejo, lesionándose y dañando al espejo. Cuando se hace el amor o en las fantasías sexuales, se presiente una amenaza de debilitamiento de la identidad sexual; y aun más, se ve poco claro si la excitación sexual es experimentada por el individuo o por su pareja y esto ya sea en los encuentros heterosexuales como en los homosexuales. El yo pierde por lo tanto su capacidad de flexibilidad para entregarse a sensaciones sexuales y afectivas, en una fusión con otro individuo que es a la vez pareja de la sensación y garantía de la continuidad de la identidad propia: la fusión con otro se transforma en la pérdida de la identidad. Se siente la amenaza de un colapso

súbito de la capacidad de mutualidad, entonces sobreviene un deseo desesperado de recomenzar, con una (casi-deliberada) regresión a una etapa de perplejidad y rabia básica tal como los niños muy pequeños conocieron.

Se debe recordar que la contraparte de la intimidad es el distanciamiento, i. e., la rapidez para repudiar, para ignorar o para destruir aquellas fuerzas y personas cuya esencia parecen peligrosas para uno mismo. La intimidad con un grupo de personas e ideas no sería realmente íntima sin un eficaz repudio de otro grupo. Por lo tanto, la debilidad o el exceso del repudio es un aspecto intrínseco de la incapacidad de lograr intimidad a causa de una identidad incompleta; quien no esté seguro de “su punto de vista” no puede repudiar juiciosamente.

Los jóvenes, a menudo expresan, en formas más bien patéticas el sentimiento que únicamente la fusión con un “leader” los salvaría, un adulto que sea capaz y esté deseoso de ofrecerse como objeto seguro, a quien someterse experimentalmente y como guía para el reaprendizaje de los primeros pasos hacia una intimidad mutua y para un repudio legítimo.

De dicha persona, el adolescente (en su última etapa) desea ser un aprendiz o un discípulo, un seguidor, un compañero sexual o un paciente. Cuando esto fracasa, como sucede a menudo a causa de su intensidad y absolutismo, el individuo joven retrocede a una posición de introspección tensa y autoprueba, que, en circunstancias particularmente agravantes, pueden llevarlo a un estado paralizante limítrofe. Desde el punto de vista de los síntomas, este estado consiste en un sentimiento aumentado y doloroso de aislamiento; una desintegración del sentido de continuidad interior y de identidad; un sentido de vergüenza abrumadora; una incapacidad de lograr un sentido de realización en ninguna clase de actividad; un sentimiento que la vida le sucede al individuo más bien que es vivida por su propia iniciativa; la perspectiva del tiempo radicalmente acortada; y finalmente, una desconfianza básica que es librada al mundo, a la sociedad y también a la psiquiatría para que le prueben que él existe en un sentido psicosocial, i. e., y puede contar con una invitación para volverse él mismo.

### 3. Difusión de la perspectiva del tiempo

En casos extremos de adolescencia retardada y prolongada, aparece una forma extrema de la experiencia del tiempo, que en su forma más benigna, pertenece a la psicopatología cotidiana del adolescente. Consiste en un sentido de gran urgencia y sin embargo, también, en una pérdida de importancia del tiempo como dimensión vital. La persona joven puede sentirse simultáneamente muy joven (y de hecho como un niño), y viejo no susceptible de rejuvenecimiento. *Protestas a causa* de una pérdida grandeza y una prematura y fatal pérdida de potencialidades útiles, son comunes entre nuestros pacientes, como son corrientes entre los adolescentes en culturas que consideran dichas protestas románticas; sin embargo, la malignidad implícita, consiste en una firme incredulidad en la posibilidad que el tiempo pueda traer un cambio, y con todo, también, un intenso temor que esto fuese posible. Esta contradicción se expresa a menudo en un enlentecimiento general que hace que el paciente se comporte dentro de la rutina de las actividades (y también en la terapia) como si se estuviese moviendo en una melaza. Le es penoso irse a la cama y enfrentar la transición al estado de sueño, y le es igualmente penoso levantarse y enfrentar la necesaria restitución a la vigilia; le es penoso llegar a su “hora”, pero le es penoso dejarla. Las quejas como, “no sé”, “*me di por vencido*”, “desistí” no son en ninguna forma meras declaraciones habituales que reflejan una depresión leve: son a menudo expresiones de un tipo de desesperación que ha sido discutido recientemente por Edward Bibring (4) como un deseo de una parte del yo “de dejarse morir.” La suposición, que la vida pudiese realmente terminar, al término de la adolescencia (o en “fechas de expiración” planeadas de primera intención para más tarde) no es, en ninguna forma, enteramente mal recibida y en realidad, se puede volver el único pilar de esperanza en el cual puede basarse un nuevo comienzo. Algunos de nuestros pacientes además necesitan sentir que el terapeuta no intenta comprometerlos a continuar la vida si el tratamiento (exitoso) no llega a demostrar que realmente vale la pena; sin tal convicción la moratoria no sería real. Entretanto, el “deseo de morir” es únicamente en casos aislados un deseo de suicidio real, por lo cual, el “ser un suicida” se transforma en una elección de identidad ineludible en sí misma. Estoy pensando, en este momento, en una linda muchacha, la mayor de las hermanas, hija de un molinero. Su madre había expresado, repetidas veces, que prefería ver a sus hijas muertas antes que se volvieran prostitutas; al mismo tiempo, cada paso de sus hijas hacia la

camaradería con los muchachos, se volvía sospechoso de prostitución”. Al final las hijas se vieron impelidas a una especie de hermandad en conspiración, con el propósito obvio de eludir a la madre y de experimentar en situaciones ambiguas, y probablemente también, para protegerse mutuamente de los hombres. Fueron sorprendidas finalmente en circunstancias comprometedoras. Las autoridades también, dieron por sentado, que intentaban prostituirse, y fueron enviadas a diversas instituciones en las cuales inevitablemente se sintieron impresionadas por el tipo de “reconocimiento” que la sociedad les reservaba. No era posible hacer ningún reclamo a la madre, quien, al sentir de las hijas, no les había dejado ninguna elección; y parte de la buena voluntad y de la comprensión de los visitantes sociales fue saboteado por las circunstancias. Por lo menos, para la mayor (y esto, a causa de diversas circunstancias) ningún futuro era accesible excepto aquel que le diera una nueva oportunidad en otro mundo. Se mató, colgándose, después de haberse vestido lo mejor posible, y habiendo escrito una nota que terminaba con las palabras enigmáticas “Porque logro honor sólo para descartarlo...”

Más tarde, estudiaremos formas y orígenes de dichas “identidades negativas” menos espectaculares pero no por eso, menos malignas.

#### 4. Difusión de la laboriosidad

Los casos de difusión de la identidad grave, corrientemente, sufren también, de un agudo trastorno en el sentido del trabajo, y esto, ya sea, en forma de una incapacidad de concentrarse en tareas requeridas o sugeridas, o en una preocupación autodestructiva en una actividad unilateral, i. e., lectura excesiva. La forma como tales pacientes, a veces, por el tratamiento, encuentran el sentido del trabajo perdido en otro tiempo, es un capítulo en sí mismo. Aquí, es útil recordar la etapa del desarrollo que precede a la pubertad y a la adolescencia; es decir, la etapa escolar elemental, cuando al niño se le enseña los prerequisites para poder participar en la técnica particular de su cultura y se le da la oportunidad y la tarea vital de desarrollar un sentido del trabajo y de la participación en el trabajo. La edad escolar, significativamente, sigue al complejo de Edipo: el logro de pasos reales (y no sólo divertidos) hacia un lugar en la estructura económica de la sociedad permite al niño reidentificarse con los padres como trabajadores y como portadores de una tradición, más

que, como seres sexuales y familiares; por lo tanto, alimentando, por lo menos, una posibilidad concreta y más “neutral” de llegar a ser como ellos. La finalidad tangible de las prácticas elementales son compartidas con compañeros de la edad en los lugares de instrucción (la parroquia, el pesquero, la fábrica, la cocina, el edificio de la escuela) la mayoría de los cuales, a su vez, están geográficamente separados del hogar, de la madre y de los recuerdos infantiles: aquí, de cualquier modo, existe una amplia diferencia en el trato de los distintos sexos. Por lo tanto, el objetivo del trabajo, de ninguna manera apoya o saca provecho, únicamente, de la supresión de los designios instintivos infantiles; también acrecienta el funcionamiento del yo en cuanto a que ofrece una actividad constructiva con herramientas y materiales reales en una realidad compartida. Por lo tanto, en este momento, la tendencia del yo a transformar la pasividad en actividad adquiere un nuevo campo para manifestarse, en muchos aspectos, superior, al mero trocar de lo pasivo en lo activo, de la fantasía y el juego infantil; porque ahora la necesidad interior de actividad, de práctica y de la realización del trabajo está apta para encontrar, en la realidad social, sus correspondientes ofertas y oportunidades (25, 20).

Debido a los antecedentes edípicos inmediatos, en los comienzos de una identidad de trabajo, la difusión de la identidad en nuestros jóvenes pacientes, les hace invertir la dirección, hacia la competencia edípica y hacia la rivalidad entre hermanos. Por lo tanto, la difusión de la identidad está acompañada no solamente por una incapacidad de concentración, sino también, por un excesivo conocimiento y por un rechazo de toda competencia. Aun cuando dichos pacientes son habitualmente inteligentes y capaces y a menudo se han demostrado eficientes en el trabajo de oficina, en los estudios y en los deportes, pierden ahora su capacidad de trabajo, de ejercitación, de sociabilidad y por lo tanto se quedan sin el más importante vínculo de relación social y sin el más importante refugio para protegerse de las fantasías informes y de las ansiedades vagas. En cambio, los designios y las fantasías infantiles están dotados peligrosamente, con la energía que emana de la sexualidad madurada y del poder agresivo imperfecto. De nuevo uno de los padres, se vuelve la meta, el otro, nuevamente el impedimento. Sin embargo, esta lucha edípica revivida no es y no debe ser interpretada exclusivamente, o aun primariamente, como una lucha sexual: es un giro hacia los más tempranos orígenes, un intento de resolver una difusión de tempranas introyecciones y reconstruir

vacilantes identificaciones infantiles; en otras palabras, es expresar un deseo de nacer de nuevo, de aprender una vez más los primerísimos pasos hacia la realidad y la mutualidad, y de adquirir un permiso renovado para desarrollar las funciones de contacto, actividad y competencia.

Un joven paciente, que se había sentido obstaculizado en el liceo (college), durante la fase inicial de su tratamiento, en un hospital privado, casi queda ciego, aparentemente en una sobreidentificación destructiva con su padre y su terapeuta que eran ambos profesores. Guiado por un ingenioso “pintor a domicilio” se dio cuenta que tenía talento para la pintura, original y vigoroso, actividad que a medida que avanzó el tratamiento, se evitó que se transformara en una sobreactividad destructora. La pintura llegó a ser una ayuda en la adquisición gradual del paciente de un sentido de identidad propia y entonces soñó, una noche, una versión diferente de un sueño que previamente había terminado siempre en un despertar aterrador. Ahora, él se escapaba del fuego y de la persecución, e iba hacia un bosque que él había dibujado; y mientras que huía hacia él, el dibujo al carbón se transformaba en un bosque real, con una perspectiva infinita.

##### 5. La elección de una identidad negativa

La pérdida del sentido de identidad se expresa a menudo en una hostilidad desdeñosa y “snob” con respecto a los papeles que se presentan como apropiados y deseables en nuestra propia familia o en nuestra comunidad inmediata. Cualquier aspecto parcial, o la totalidad, del papel requerido, ya sea masculinidad o femineidad, nacionalismo o el ser miembro de una clase, puede volverse el objeto preponderante del agrio desdén de la persona joven. Ese desdén excesivo por su medio se encuentra entre las familias anglo-sajonas más antiguas y entre las familias latinas o judías más recientes; y fácilmente se transforma en un disgusto general por todo lo americano y en una hipervaloración irracional de todo lo extranjero. La vida y el vigor parecen existir, solamente, en el lugar en el cual uno no se encuentra, mientras que la decadencia y el peligro amenazan en cualquier lugar en el cual uno se encuentre. Este fragmento típico de un caso, ilustra el triunfo del Super-yo sobre la desvalorización de la vacilante identidad de un joven: “Una voz interior desdeñosa comenzó a crecer dentro de él, en este momento”. Llegó al punto

de invadir todo lo que hacía. El decía:

“si fumo un cigarrillo, si le digo a una muchacha que me gusta, si hago un gesto, si escucho música si intento leer un libro —esta tercera voz está siempre dentro de mí—. Haces esto para causar efecto; eres un farsante”. En el año último esta voz desdeñosa, ha sido más bien implacable. El otro día, en el camino desde el hogar al liceo (college) yendo hacia Nueva York en tren, pasando a través de las tierras pantanosas de Nueva Jersey y los sectores más pobres de las ciudades, sintió que tenía más que ver con la gente que vivía ahí, que con la gente de la universidad o de su casa. Sintió que la vida verdaderamente existía en esos lugares y que la universidad era un lugar protegido y afeminado”.

En este ejemplo, es importante reconocer, no solamente un Super-yo hiperimaginativo, implícitamente percibido como una voz interior, sino también una difusión de la identidad aguda, proyectada en segmentos de la sociedad. En un caso análogo, una muchacha francoamericana procedente de una población minera más bien próspera, sentía pánico quedando paralizada cuando se encontraba sola con un muchacho. Parecía como si numerosas prohibiciones del Super-yo y conflictos de la identidad hicieran cortocircuito en la idea obsesiva que cada muchacho tenía derecho a esperar de ella que cediese a tener prácticas sexuales, comúnmente llamadas “francesas”.

Dicho desvío de los orígenes nacionales y étnicos rara vez lleva a una negación total de la identidad personal (34) aun cuando la airada insistencia de ser llamado, por un nombre dado especial o sobrenombre, es frecuente entre la gente joven, que trata de encontrar un refugio de la difusión en la etiqueta de un nuevo nombre. Sin embargo, se presentan reconstrucciones confabulatorias con respecto al propio origen: una liceal descendiente de Europa central, tenía amistad secreta con inmigrantes escoceses, estudiando cuidadosamente y asimilando fácilmente su dialecto y sus costumbres. Con la ayuda de libros de historia y guías de viaje, se reconstruyó una infancia, en un medio determinado, en un determinado municipio de Escocia, convenciendo, aparentemente, en forma satisfactoria a algunos descendientes del país. Inducida a discutir su futuro conmigo, habló de sus padres (americanos) como de “la gente que me trajo aquí” y me contó de su infancia “allá” con detalles convincentes. Yo seguí la historia, entendiendo que tenía más verdad interior que realidad. Como sospeché, el ápice de realidad que tenía la historia, se vinculaba con la ligazón

de la niña, en la infancia temprana, con una vecina que provenía de las islas británicas; la fuerza que se escondía detrás de la casi engañosa “verdad” era la forma paranoide de un poderoso deseo de muerte (latente en todas las crisis de identidad graves) contra sus padres. El propósito semideliberado del engaño apareció, cuando finalmente le pregunté a la muchacha, cómo se había ingeniado para ordenar todos los detalles de la vida de Escocia: “Bendito sea, señor”, dijo en implorante dialecto escocés, “necesitaba un pasado”.

En su mayoría, sin embargo, los conflictos de nuestros pacientes encuentran su expresión en formas más sutiles que en la anulación de la identidad personal: más bien eligen una identidad negativa, i. e., una identidad basada perversamente en aquellas identificaciones y papeles que, en etapas críticas del desarrollo, fueron presentadas al individuo como las más indeseables y peligrosas, y, sin embargo, también, como reales. Por ejemplo, una madre cuyo primer hijo murió y que (a causa de complejos sentimientos de culpa) nunca fue capaz de asignar a los hijos posteriores que sobrevivieron, la misma devoción religiosa que confiere a la memoria de su hijo muerto, bien puede despertar en uno de ellos la convicción que el estar enfermo o muerto es una mayor seguridad para ser “reconocido”, que el estar sano. Una madre inconcientemente ambivalente hacia un hermano que se desintegró en el alcoholismo, puede reaccionar repetida y selectivamente a aquellos rasgos de su hijo que parezcan indicar una repetición del destino de su hermano; en cuyo caso esta identidad “negativa” puede tener más realidad para el hijo que todos sus intentos naturales de ser bueno: puede empeñarse en volverse un borracho y al carecer de las condiciones necesarias, puede llegar a una obstinada parálisis en la elección. En otros casos, la identidad negativa es dictada por la necesidad de encontrar y defender un lugar propio contra los ideales excesivos, exigidos ya sea por padres con una ambición enfermiza o aparentemente logrados ya por personas realmente superiores: en ambos casos la debilidad y los deseos inexpressados de los padres son reconocidos por el niño con claridad catastrófica. La hija de un empresario brillante se fugó del liceo (college) y fue arrestada por prostituta en el sector negro de una ciudad sureña; mientras que la hija de un influyente predicador sureño fue encontrada entre los adictos a los narcóticos en Chicago. En estos casos, es de capital importancia reconocer la burla y el intento vindicativo al desempeñar tales papeles, puesto que la muchacha blanca no se había prostituido, en

realidad, y la muchacha de color no se había vuelto una toxicómana todavía. Sin embargo, está de más decir que cada una de ellas se había ubicado en un área social marginal, dejando a la ley y a la psiquiatría decidir el rótulo a poner a tal conducta. Un caso similar es el del muchacho llevado a una clínica psiquiátrica por ser “el homosexual del pueblo” de una pequeña ciudad. Investigando, se llegó a la conclusión que el muchacho había logrado esa fama sin ningún acto homosexual actual, exceptuando uno, en una época de su vida muy anterior, cuando había sido violado por unos muchachos mayores.

Por supuesto, que tales elecciones vindicativas de identidad negativa, significan un intento desesperado de retomar algún dominio en una situación en la cual los elementos positivos de identidad disponibles se anulan mutuamente. La historia de tal elección revela un conjunto de condiciones en las cuales es más fácil obtener un sentido de identidad en una total identificación con lo que menos se espera que uno sea, que luchar por un sentimiento de realidad en papeles aceptables que son inalcanzables con los medios internos del paciente. La declaración de un hombre joven “Prefiero vivir completamente en la inseguridad, que tener un poco de seguridad”, o la de una mujer joven “Por lo menos en el arroyo, soy un genio”, circunscriben el alivio que prosigue a la total elección de una identidad negativa. Tal alivio, por supuesto, es a menudo buscado colectivamente en pandillas o en grupos de homosexuales jóvenes, toxicómanos y cínicos.

Tenemos por delante una tarea pertinente que es: el análisis del esnobismo, que tal como se manifiesta en las clases altas, permite a algunas personas negar la difusión de su identidad aferrándose a algo que no ganaron por sí mismas: apellido, fortuna, medio y fama. Pero también existe un esnobismo basado en la “máxima disminución que se enorgullece de haber logrado algo similar a la nada. En cualquier forma más de un adolescente tardío, si se enfrenta con una difusión continua preferiría ser nadie o alguien malo, o mismo morir —en forma total y por elección libre— antes que ser más o menos alguien. La palabra “total” no es accidental aquí, puesto que ya he tratado de describir en otra situación (13) la tendencia humana hacia una reorientación “totalitaria” cuando, en etapas críticas del desarrollo, parece imposible la reintegración en un “todo” relativo. Retornaremos a este problema en el último capítulo.

## 6. Transferencia y resistencia

Lo que yo puedo decir aquí, con respecto a los problemas terapéuticos que se presentan en los pacientes descritos, debe limitarse al intento de relacionar los conceptos de identidad y difusión con aspectos de la técnica terapéutica en la forma que ha sido elaborada en el campo de los casos marginales.<sup>9</sup>

Al enfrentarse con la terapia, algunos de los pacientes discutidos aquí, pasan por una fase particularmente maligna. Mientras que la intensidad de la regresión y el peligro del “acting-out” debe, por supuesto, guiar nuestra determinación de diagnóstico, es importante reconocer, desde el principio, un mecanismo presente en esa eventualidad empeorada: la llamaré “la actitud abismal”. Esto consiste, de parte del paciente, en una actitud casi deliberada de ceder al empuje de la regresión, una búsqueda radical del abismo, i. e., al mismo tiempo el último límite de la regresión y el único cimiento firme para un progreso renovado.<sup>10</sup> La suposición de tal deliberada búsqueda de la “línea de base” significa llevar “la regresión al servicio del yo” (de Ernst Kris) al extremo: el hecho, que la mayoría de nuestros pacientes, a veces, coincide con la revelación de dotes artísticos previamente escondidos, indica la necesidad de un estudio más atento.

El elemento de premeditación agregado aquí a la “verdadera” regresión, se expresa a menudo en la burla penetrante que caracteriza el contacto terapéutico inicial con estos pacientes; y por el aspecto extraño de satisfacción sado-masoquista, que hace a menudo difícil de ver y más difícil de creer, que su autodesestimación y su deseo de “dejar morir el yo” contiene una sinceridad devastadora. Como decía un paciente: “Que la gente no sepa triunfar está mal. Pero lo peor es que no saben cómo fracasar. He decidido fracasar bien”. Esta casi “mortal” sinceridad, se encuentra en la determinación del paciente de

---

<sup>9</sup> Yo debo nueva comprensión en este campo a Robert Knight (28) y a Margaret Brenman (6).

<sup>10</sup> El enfoque psicológico del yo de David Rapaport sobre “Actividad y Pasividad”, da nueva luz sobre el rol del yo en tales crisis.

confiar sólo en la desconfianza y, sin embargo, observar desde un rincón oscuro de su mente (y por cierto a menudo, del rabillo del ojo) la aparición de nuevas experiencias, lo suficiente simples y directas, que permitan la renovación de las más básicas experiencias en una mutua confianza. El terapeuta, que se enfrenta con un joven adulto, manifiestamente burlón y desafiante, debe en realidad asumir la tarea de la madre que introduce al bebé a la confianza en la integridad de la vida. En el corazón del tratamiento, se ubica la necesidad del paciente, de delinear-se nuevamente, y, en esta forma, reconstruir los cimientos de su identidad. En el comienzo estos delineamientos cambian abruptamente, en la misma forma que se suceden ante nuestros ojos, violentos cambios, en la experiencia del paciente, de los límites de su yo: la movilidad puede repentinamente transformarse en un retroceso “catatónico”; su atención puede trocarse en sueño avasallador; el sistema vasomotor puede reaccionar en exceso hasta el punto de producir sensaciones de desmayo; su sentido de la realidad puede ceder ante sentimientos de despersonalización; o el remanente de su autoseguridad puede desaparecer en una pérdida del sentido de la presencia física. Investigaciones cautelosas, pero firmes, nos revelarán que un cierto número de impulsos contradictorios precedieron al “ataque”. Existe, primero, un súbito e intenso impulso de destruir enteramente al terapeuta, y esto, al parecer, con un subyacente deseo “canibalístico” de devorar su esencia y su identidad. Al mismo tiempo, o alternativamente, aparece un temor y un deseo de ser devorado, de lograr una identidad al ser absorbido en la esencia del terapeuta. Por supuesto, que ambas tendencias se separan o se somatizan, por largos períodos, durante los cuales encuentran una manifestación (a menudo conservada en secreto) después de la hora terapéutica, únicamente. Esta manifestación puede expresarse en una huída impulsiva hacia la promiscuidad sexual llevada a cabo sin satisfacción sexual y sin ningún sentimiento de participación; en grandes cantidades de rituales masturbatorios absorbentes, o excesiva comida; en beber en exceso o manejar alocadamente, o en maratones autodestructivas de lectura o de escuchar música, sin comer y sin dormir.

Vemos aquí, la forma más extrema, de lo que puede ser llamado la resistencia de la identidad que, incidentalmente, lejos de ser exclusiva de los pacientes descritos aquí, es una forma universal de resistencia, corrientemente

experimentada, pero a menudo no reconocida en el curso de algunos análisis. La resistencia de la identidad, en sus formas más corrientes y más suaves, es la expresión del temor del paciente que el analista, debido a su particular personalidad, su medio, o su filosofía, puede, por descuido o por deliberación, destruir la débil esencia de la identidad del paciente e imponga, en vez, la suya propia. No tengo dudas de que algunas de las neurosis de transferencia de los pacientes y de los candidatos en formación, tan discutidas y sin resolver, son el resultado directo, del hecho, que la resistencia de la identidad es analizada, con frecuencia, en forma poco sistemática. En tales casos, el analizado, puede resistirse a cualquier posible irrupción de la identidad del analista aun cuando se entregue en los demás puntos; o puede absorber una cantidad mayor de la identidad del analista sin poderla manejar dado sus medios, o puede abandonar el análisis con el sentimiento perdurable de no haber sido provisto de algo que el analista debía darle.

En los casos de difusión aguda de la identidad, esta resistencia se transforma en el problema esencial de la relación terapéutica. Las diversas técnicas *psicoanalíticas* concuerdan al reconocer que la resistencia predominante debe ser aceptada como guía principal de la técnica y que las interpretaciones deben adecuarse a la capacidad del paciente de utilizarlas. En este punto el paciente sabotea la comunicación hasta haber logrado algunas salidas básicas —aun siendo contradictorias—. El paciente insiste para que el analista acepte su identidad negativa, como auténtica y necesaria (lo es y lo era) sin llegar a la conclusión de que esta identidad negativa es “todo lo que hay para él”. Si el analista es capaz de atender ambos reclamos, podrá demostrar al paciente, pasando por varias crisis graves, que puede conservar afecto hacia él, sin devorarlo y sin brindarse para una comida totémica. Entonces, solamente, pueden surgir, aun con desgano, formas de transferencia mejor conocidas.

Estas son, solamente, unas pocas indicaciones en relación con la fenomenología de la difusión de la identidad en la forma que se expresa por medio de las transferencias y las resistencias más salientes e inmediatas. La transferencia de estos pacientes, sin embargo, es sólo una faceta de la terapia, de los casos que se está discutiendo. La transferencia de estos pacientes permanece difusa, mientras que su “acting out” sigue siendo un peligro

constante. Algunos por lo tanto, necesitan recibir el tratamiento en un ambiente hospitalario en el cual la interrupción de la relación con el terapeuta puede ser observada y limitada; y en el cual, los primeros pasos, más allá de la relación bipolar recién obtenida con el terapeuta, se encuentran con el apoyo inmediato de nurses comprensivas, pacientes compañeros, cooperadores e instructores serviciales en una amplia variedad de actividades.

## 7. Factores específicos en la familia y en la infancia

Al discutir los pacientes que tienen en común una notoria tendencia patogénica, debemos preguntarnos, qué es lo que sus padres tienen en común. Pienso, que se puede decir, que una cierta cantidad de madres, en nuestros casos, tienen en común tres rasgos salientes. En primer término, una pronunciada conciencia de escalar y de “ostentar” o del tipo de la “trepadora”. Estarían siempre dispuestas a denegar el sentir sincero y el juicio inteligente en beneficio de una fachada de posición, propiedad y “felicidad”; de hecho, tratan de coaccionar, a sus hijos sensibles, hacia un simulacro de “naturalidad” y una sociabilidad “conveniente”. En segundo término, tienen la cualidad especial de una omnipresencia penetrante; sus mismas voces y sus más suaves sollozos son incisivos, plañideros o irritables y no pueden eludirse dentro de un radio considerable. Un paciente, a través de su niñez tuvo un sueño repetido que trataba de un par de tijeras que se golpeaban, volando alrededor del cuarto; se pudo probar que las tijeras simbolizaban la voz de la madre cortando, y destruyendo.<sup>11</sup> Estas madres aman, pero aman en forma temerosa, quejumbrosa, intrusiva; están, ellas mismas, tan sedientas de aprobación y de agradecimiento, que abruman a sus hijos chicos con quejas complicadas, especialmente de los padres, y hacen un alegato a sus hijos para justificar la existencia propia (de la madre) en función a la existencia de ellos. Son muy celosas y sumamente sensibles a los celos de los demás; en nuestro contexto,

---

<sup>11</sup> Este ejemplo ilustra bien el equilibrio que debe encontrarse en las interpretaciones dadas a tales pacientes entre el simbolismo sexual (aquí castración) que, si es acentuado por el terapeuta, sirve sólo para incrementar el sentimiento del paciente de ser dañado; y la representación de los peligros del yo (aquí, el peligro de que el hilo de la propia autonomía pudiese ser cortado) cuya comunicación es más urgente, más inmediatamente beneficiosa, condición previa para una sana discusión de los significados sexuales.

es especialmente importante, que la madre se sienta intensamente celosa de cualquier signo que indique que el niño puede identificarse primariamente con el padre, o, peor aún, que base su identidad propia en la del padre. Se debe agregar, que fuera donde fuese, que se encuentren estas madres, están, en alguna forma con el paciente: se llega inevitablemente a la conclusión que estos pacientes, a su vez, desde el comienzo, lastiman profundamente a sus madres, escapándose de ellas, a causa de una completa intolerancia debida a diferencias temperamentales extremas. Estas diferencias, sin embargo, son únicamente, expresión extrema de una afinidad esencial; por lo cual, quiero significar, que la tendencia excesiva del paciente a rechazar (o a obrar impulsivamente) y la intrusión social excesiva de la madre tienen en común un alto grado de vulnerabilidad social. Por lo tanto, por debajo de las persistentes quejas de la madre que el padre fracasó en hacerla mujer, está la queja, que el paciente no logró hacer una madre de ella.

Los padres, habitualmente prósperos y a menudo destacándose en sus actividades particulares, no hacen frente a sus esposas en el hogar, debido a una excesiva dependencia a la madre (de ellos); a consecuencia de esto los padres a su vez se sienten profundamente celosos de sus hijos. Ambos han entregado la iniciativa y la integridad, a la intrusión de la esposa o de lo contrario tratan de eludirlas: a consecuencia de esto, la madre se vuelve más exigente, quejumbrosa y “sacrificada” en sus reclamos a todos o a algunos de sus hijos.

De la relación de nuestros pacientes con sus hermanos y hermanas, sólo puedo decir, que parece ser más simbiótica que la mayoría de las vinculaciones. Debido a la temprana necesidad de identificación, nuestros pacientes están predispuestos a ligarse a un hermano o a una hermana en una forma que recuerda la conducta de los mellizos (7): salvo que aquí tenemos a un mellizo (o como si lo fuese) intentando tratar a un no-mellizo, como a un verdadero mellizo. Son capaces de identificarse en forma total, por lo menos con un hermano o hermana en forma que va mucho más lejos que el “altruismo por identificación” descrito por Ana Freud (15). Es como si nuestros pacientes abandonasen su identidad y la entregasen a un hermano o hermana con la esperanza de recobrar en un acto de fusión, una mejor identidad. Por un tiempo da resultados; pero la liquidación de esta situación artificial es muy traumática. El brusco “insight” de que sólo hay identidad para uno y que el otro

la acaparó para sí, produce rabia y parálisis.

Las historias de la primera infancia de nuestros pacientes están, en general, desprovistas de datos significativos. A menudo se presenta precozmente, algún autismo infantil, pero generalmente los padres lo racionalizan. Sin embargo, se tiene la impresión general que el grado de malignidad de la difusión de la identidad, al final de la adolescencia depende de la extensión de este temprano autismo, que determinará la profundidad de la regresión y la intensidad del choque entre los nuevos fragmentos de identidad y de las viejas introyecciones. Con respecto a traumas especiales en la infancia o en la juventud, un tipo parece ser frecuente, especialmente, un trauma físico grave, ya sea en el período adípico o en la pubertad temprana, y todo esto en relación con la separación de la casa. Este trauma puede consistir en una operación, o en un defecto físico tardíamente diagnosticado; puede ser un accidente o un trauma sexual grave. O bien, la temprana patología concuerda con la que se suponía típica, en el diagnóstico psiquiátrico dado.

## 8. El plan terapéutico

Prometí un plan, y he presentado un plan. Asimismo, sólo la detallada presentación de unos pocos casos podría elucidar la relación de la debilidad del yo con las propensiones congénitas, por un lado, y las deficiencias educativas de las familias o de las clases, por el otro. Entre tanto, la más inmediata aclaración de la relación del yo con su “ambiente” surge del estudio de la recuperación de los jóvenes pacientes en el ambiente de hospital, i. e., el estudio de su determinada “mismidad” (al decir de una joven paciente); de su tendencia a explotar y a provocar el ambiente hospitalario; de su creciente habilidad de manejarlo; y finalmente de su capacidad de abandonar esta moratoria instituida y de retornar a su viejo o nuevo lugar en la sociedad. La comunidad hospitalaria ofrece al investigador clínico la posibilidad de ser un observador que participa no sólo en el tratamiento individual, sino también en el “plan terapéutico” que intenta atender los legítimos reclamos de los pacientes que comparten un problema vital —aquí, la difusión de la identidad—. Es lógico que dichos problemas comunes sean aclarados, pues el plan comunitario del hospital pretende ayudar a los que han fracasado en la obtención de su

identidad: en este caso, el hospital se transforma en un mundo dentro del mundo instituido y planificado, y que ofrece al individuo joven su apoyo en la reconstrucción de las funciones más vitales del yo a las cuales —en la medida que las tuvo alguna vez— ha renunciado. La relación con el terapeuta es la base para establecer una nueva relación mutua correcta, haciendo que el paciente cambie su visión del futuro tan oscuro y repudiado ahora. Sin embargo, en el ambiente hospitalario, el paciente dará sus primeros pasos hacia una experiencia social renovada. Los privilegios y las obligaciones de dicha comunidad requieren su sometimiento a ella; y también será iniciado en un plan comunitario que se esforzará en atender sus necesidades y las de los otros pacientes, y también, incidentalmente, aquéllas del personal, porque es lógico que el ambiente comunitario de un hospital se caracterice por la necesidad de identidad de los pacientes por un lado, pero también, por otra parte tenga en cuenta dicha necesidad en los que han elegido ser sus cuidadores hermanados con ellos. La discusión de las formas en las cuales las jerarquías profesionales distribuyen las funciones, las recompensas, y la posición relativa de dicho cuidado (y por lo tanto en una variedad de contra-transferencias y de “transferencias cruzadas”, que, en realidad, transforman al hospital en una copia del hogar), está entrando en la literatura en el tópico de moral hospitalaria (i. e., 2, 40). Desde el punto de vista de esta publicación, dichos estudios preparan también para debatir el peligro del paciente que elige su papel de paciente, como base para cristalizar su identidad: puesto que este papel, puede volverse más significativo, que cualquiera identidad potencial, experimentada antes.

## 9. Nuevamente: el diagrama

Los diagramas tienen, por sí mismo, una cualidad coercitiva silenciosa. En especial, un diagrama que no ha sido ni completado ni descartado, se vuelve un Harvey conceptual: uno dialoga con él inadvertidamente. En el trabajo terapéutico, una trata de ignorar el hecho molesto, que repetidas veces, el diagrama nos persigue, por decirlo así, y nos hace una sugerencia; los pacientes tampoco gustan de dicha atmósfera. Sólo, cuando terminé el examen impresionista de algunos de los rasgos salientes de la difusión de la identidad,

se me ocurrió “ubicarlos” en un cuadro: y es innegable que aclaran partes previamente vagas del diagrama y sugieren ampliaciones específicas de la teoría. Insistiendo, por lo tanto, que, en principio, Harvey deberla continuar utilizándose, expondremos brevemente, lo que este cuadro nos puede enseñar.

El cuadro original presentaba solamente la diagonal, i. e., el sucesivo logro (o fracaso) de los principales componentes de la salud psicosocial. Sin embargo, lleva la leyenda: “por encima de la diagonal queda espacio para la elaboración futura de estas soluciones, todas ellas comenzando en el principio; debajo de la diagonal queda espacio para la designación de estas soluciones en la personalidad en maduración”.

Debido a que todas las verticales “comienzan en el principio” uno titubea de entrar, aun en términos de ensayo, en los casilleros superiores. Sin embargo, el trabajo con casos marginales (de adolescentes, de jóvenes, de niños) sugiere que el límite infantil, al cual todos han regresado, se basa en un descreimiento esencial en su propia autodelineación y de una duda básica en cuanto a la posibilidad de cualquier relación mutua. El cuadro, en forma de ensayo, presume que una lucha exitosa en la más temprana frontera psicosocial de la infancia (i. e., la frontera de la confianza-desconfianza), si es guiada correctamente por un ambiente maternal adecuado, lleva a un sentido dominante de Unipolaridad (1, 5) por lo cual se quiere expresar, algo parecido, a un sentido predominante de la bondad de la existencia individual. Este aspecto, creo, merece ser diferenciado de la omnipotencia narcisística que se atribuye a esta edad. Mientras que aun dependiendo vulnerablemente del apoyo maternal directo, continuo y consistente, puede esperarse que surja un sentido verdadero de la realidad de las potencias “buenas” dentro y fuera de uno mismo. La contraparte negativa es una difusión de introyecciones contradictorias y un predominio de fantasías que tratan de contener a la realidad hostil por medio de una venganza omnipotente. En cualquier forma, una vez lograda, la base psicosocial de la unipolaridad, permite el logro de la Bipolarización (II, 5) o lo que, en términos del ello, ha sido llamado la catexis de objetos. Esto permite una experiencia ensanchada con individuos poderosos y amorosos que tienen una realidad consistente, aunque se puedan ir antes de venir, denegar antes de dar, se puedan volver de nuevo indiferente antes de volverse atentos. En formas de autismo transitorio o duradero, se puede ver al

niño apartarse o desesperarse por tales bipolarizaciones, siempre en búsqueda de una buena e ilusoria “mismidad”.

Las subsiguientes Identificaciones en el juego y en el trabajo (III, 5 - IV, 5) con adultos fuertes y con compañeros de edad, mayores o menores, no exige mayor discusión aquí; la literatura de la etapa preescolar y escolar ilustra ampliamente los triunfos y las derrotas de estos períodos psicosociales más obvios.

La horizontal (V) contiene los derivados de los logros relativos tempranos que ahora se han vuelto parte de la lucha por la identidad. Es necesario recalcar (y posiblemente, ilustrar brevemente) el principio, de acuerdo al cual, los logros tempranos relativos (diagonal) deben ser revistos y vueltos a denominar cuando se consideran en una etapa posterior (cualquier horizontal por debajo de la diagonal) en términos de ese período. La Confianza Básica, por ejemplo, es algo bueno y fundamental, pero su cualidad psicosocial se vuelve más diferenciada a medida que el yo entra en posesión de un aparato más extensivo aun cuando la sociedad desafíe y guíe dicha extensión.

Por lo tanto, para comenzar con la patología descrita como:

Difusión del Tiempo (y, 1) o sea la pérdida de la función del yo de mantener la perspectiva y la expectativa relacionadas con las más tempranas crisis de la vida (1, 1); y esto debido a que la experiencia de los ciclos temporales y de las cualidades del tiempo son inherentes y se desarrollan desde los problemas iniciales de la creciente tensión de las necesidades, por la demora de las gratificaciones y de la unión final con el “objeto” que los satisface. A medida que la tensión aumenta, la satisfacción futura es anticipada por medio de imágenes “alucinatorias”; a medida que la satisfacción se demora, se presentan episodios de rabia impotente en los cuales la anticipación (y con ella, el futuro) es obliterada; la percepción de la posibilidad de una cercana satisfacción, de nuevo, da al tiempo una cualidad condensada de esperanza intensa y de temido desencanto. Este es el aporte de los elementos temporales en la formación de la confianza básica, i. e., la convicción interior que —después de todo— se puede predecir suficiente satisfacción de manera que la espera y el “trabajo” valgan la pena. Cualquiera que sea el inventario original de las cualidades temporales, nuestros jóvenes pacientes (con la regresión más maligna) están poseídos por actitudes generales que representan algo así como una desconfianza del tiempo como tal: cada demora parece ser un

engaño, cada espera una experiencia de impotencia, cada esperanza un peligro, cada plan una catástrofe, cada suministrador de energía, un traidor. Por lo tanto, el tiempo debe estar hecho para quedarse quieto, si fuese necesario por medio de la inmovilidad catatónica, o por la muerte. Estos extremos se manifiestan en pocos, y están latentes en muchos de los casos de difusión de la identidad; por lo tanto, cada adolescente, creo, conoce, por lo menos, momentos fugaces, en los que se siente desencontrado con el tiempo. En su forma normal y transitoria, esta nueva forma de desconfianza rápida y gradualmente produce perspectivas que permiten y exigen una amplia inversión en el futuro, o en una cantidad de posibles futuros. Si esto, para nosotros, nos parece a menudo “utópico” (i. e., basado en probabilidades que requieren un cambio en las leyes de los cambios históricos, tal como los conocemos) debemos, por el momento, postergar todo juicio de valor. El adolescente —o algunos adolescentes— pueden necesitar, en toda forma, una visión con perspectiva, digna de una inversión de energía. La posibilidad de realización real de dicha perspectiva, puede ser materia de posterior aprendizaje y ajuste, y a menudo materia de azar histórico.

En lo que sigue, dejaré que cada paso en el cuadro lleve a unas pocas consideraciones sociales, que fueron apenas tratadas en lo anterior. Para afrontar el futuro, el joven adulto puede también necesitar ese algo que Shaw llamó “una religión” y “una comprensión lúcida de la vida gracias a una teoría inteligible”. Indicamos, en el comienzo, que nosotros llamaríamos a este algo entre-una-teoría-y-una-religión, una ideología, término que lleva fácilmente a la confusión. Permítaseme, en este punto, acentuar el elemento temporal con vistas universales que puede ser llamado ideológico: están agrupados alrededor de una simplificación utópica de la perspectiva histórica (salvación, conquista, reforma, felicidad, racionalismo, dominio técnico) de acuerdo a los potenciales de identidad recientemente desarrollados. Cualquiera que sea la ideología, y cualquiera sea la forma social transitoria o duradera que tome, nosotros la consideraremos en forma de ensayo aquí y la discutiremos más tarde, como una necesidad para el ego en crecimiento, que está implicado en la sucesión de generaciones y en la adolescencia como encomendada a una nueva síntesis del pasado y del futuro; una síntesis que incluye pero que debe trascender el pasado, en la misma forma que lo realiza la identidad.

Pasamos a la Conciencia de la Identidad (V,2) cuyos antepasados son la Duda y la Vergüenza (11,2). Contrarrestan y complican el sentido de autonomía, i. e., la aceptación del hecho psicosocial de ser, una vez por todas, un individuo aparte, que real y figuradamente debe pararse sobre sus propios pies. Aquí, citándome a mí mismo (8): «La vergüenza es una emoción insuficientemente estudiada,<sup>12</sup> debido a que en nuestra civilización es temprana y fácilmente absorbida por la culpa. La vergüenza presupone que uno está totalmente en exposición y conciente de ser mirado. Uno está visible pero no preparado para ser visto; por lo cual soñamos como vergonzosa la situación en la cual estamos expuestos a las miradas, completamente desnudos. La vergüenza, se expresa tempranamente en el impulso de esconder la cara, o hundirse, literalmente, en el suelo. Pero esto, pienso, es esencialmente rabia volcada contra uno mismo. El que siente vergüenza desearía que la gente no lo mirase, que no se dieran cuenta de su presencia. Desearía destruir los ojos de la gente. En vez, no le queda otra alternativa que desear ser invisible... La duda es la hermana de la vergüenza. Mientras que la vergüenza depende de la conciencia de estar enhiesto y en exposición, la duda, de acuerdo a mis observaciones clínicas, tiene mucha relación con la conciencia de tener una parte de adelante y una parte de atrás, y especialmente un “a espaldas de uno”... Este sentido básico de duda de todo lo que uno ha dejado atrás, forma un substrato para formas posteriores y más verbales, de duda compulsiva; que encuentra su expresión adulta en temores paranoicos concernientes a perseguidores ocultos y persecuciones secretas amenazando de atrás, y en el espacio, de ese atrás». La Conciencia de Identidad, es, por lo tanto, una nueva edición de esa duda original, que concierne a la confianza en los educadores adultos y al niño mismo, sólo que en la adolescencia dicha duda consciente se refiere a la confianza y a la compatibilidad de todo el lapso de la infancia que ahora debe de ser dejado atrás. La obligación de lograr ahora una identidad, distinta y distintiva, puede despertar un sentimiento total de **vergüenza**, en alguna forma comparable a la vergüenza original (y a la rabia) de ser visibles a los adultos —que lo saben todo— aunque esa vergüenza en potencia ahora se adhiere a la propia identidad como un ser con una historia pública, expuesta a los **compañeros de la edad** y a los **leaders**. Todo esto, en el curso normal de los sucesos, está equilibrado por la **Autoseguridad**, que viene del sentido cre-

---

<sup>12</sup> Ver, además (34).

ciente de una acrecentada identidad al término de cada crisis previa seguridad que se caracteriza ahora por un sentido aumentado de independencia de la familia como matriz de las identificaciones infantiles.

En medio de los fenómenos sociales correspondiendo a este segundo conflicto, existe una tendencia general hacia alguna forma de **uniformidad** (y a veces hacia uniformes especiales y vestimenta distintiva) por medio de la cual una autoseguridad incompleta, puede esconderse en la seguridad de un grupo, tal como es provista por las escarapelas, investiduras, confirmaciones e iniciaciones. Aún aquellos, que intentan diferenciarse radicalmente, deben desarrollar una cierta uniformidad en la diferenciación (Snobs, etc.). Estas uniformidades y algunas menos obvias, son mantenidas por la institución de una comprensible vergüenza entre los iguales, un criterio de dar y tomar, una libertad de agruparse que deja sólo unas pocas responsabilidades (cuando menos, algunas veces creadoras) vividas en penoso aislamiento.

La causa de la elección de la **Identidad Negativa** (V,3) en contraposición **al Papel de Experimentación libre**, ha sido discutida. La posición de estos términos en el cuadro expresan su obvia conexión con el temprano conflicto (III,3) entre Iniciativa (en la realidad, en la fantasía, en el juego) y la culpa edípica. Cuando la crisis de identidad se abre paso hacia la crisis edípica y más allá de ella, hacia una crisis de confianza, la elección de una identidad negativa continúa siendo, la única forma de iniciativa; la completa negación de la culpabilidad, o la completa negación de la ambición se transforman en los únicos medios de manejar la culpa. Por otra parte, en esta etapa, la expresión normal de iniciativa relativamente libre de culpa, es una especie de experimentación disciplinada de papeles, que se observa en los códigos no redactados de las subsociedades de los adolescentes.

De las instituciones sociales que toman a su cargo canalizar y alentar dichas iniciativas, y de proveer compensaciones que apaciguen la culpa, debemos indicar aquí, nuevamente, las iniciaciones y las confirmaciones: luchan, dentro de una atmósfera de mítico tiempo infinito, para combinar determinada forma de sacrificio y sumisión con una guía sólida hacia formas de acción sancionadas y circunscritas, combinación que permite al novicio desarrollar un acatamiento optimal con el sentido máximo de camaradería y de

libertad de elección. Este aspecto yóico del asunto (en realidad, el logro de un sentido de elección como resultado de una reglamentación ritual) como tal, espera ser estudiado e integrado con los aspectos mejor explorados de los ritos de iniciación sexual y con los ritos oficiales y espontáneos concernientes.

A medida que nos acercamos a la región del medio del cuadro, encontramos, que ya ha sido brindada una discusión más detallada de los términos. La Parálisis del trabajo extrema, es la lógica consecuencia de un profundo sentimiento de inadecuación (que regresa a un sentido de desconfianza básica) de las propias capacidades generales. Dicho sentido de inadecuación, por supuesto, no refleja, generalmente, una verdadera carencia de potencial: puede, más bien, transmitir las exigencias irreales de un yo ideal, deseoso de asentarse por medio de la omnipotencia y la omnisapientia; puede expresar el hecho que el ambiente social inmediato no tiene un lugar determinado para las verdaderas dotes individuales; o puede reflejar el hecho paradójico que un individuo, la temprana vida escolar se vio seducido por una en precocidad determinada que desde temprano entorpeció el desarrollo de su identidad. Todas estas razones, pueden excluir al individuo de la competencia experimental en el juego y en el trabajo a través de las cuales él aprende a encontrar y a proseguir en su tipo de logro y de identidad en el trabajo.

Algunas instituciones sociales dan apoyo al vigor y a la diferenciación de la identidad en el trabajo, ofreciendo, a los que aún están aprendiendo y experimentando, un cierto estado de moratoria, aprendizaje y escolaridad caracterizada por tareas definidas, competencias sancionadas, y libertades especiales, y sin embargo, potencialmente integradas en las jerarquías de posibles empleos y carreras, castas y clases, gremios y sindicatos.

En el casillero V,5 de nuevo encontramos la diagonal, y en él, el tópico esencial de esta publicación; cruzándola entramos en el área de los elementos psicosociales que no son derivados, pero sí precursores de las futuras crisis psicosociales. El primero de dichos elementos (5, 6) es la Identidad Sexual vs. Difusión Bisexual, el más inmediato precursor de Intimidad vs. Aislamiento. Aquí las costumbres sexuales de las culturas y de las clases marcan una inmensa diferencia psicosocial entre lo masculino y lo femenino (32) y en la edad, tipo y ubicuidad de la actividad genital. Estas diferencias pueden obscurecer el hecho común discutido anteriormente, es decir, que el desarrollo

de la intimidad psicosocial no es posible sin un sentido sólido de identidad. La difusión de la identidad puede llevar, a los jóvenes adultos a dos desarrollos decepcionantes. Inducidos por costumbres especiales, o sino por seducción, pueden obstaculizar su desarrollo de la identidad, concentrándose en una actividad genital temprana sin intimidad; o por el contrario pueden concentrarse en valores sociales e intelectuales dados, que descuidan el elemento genital, con el consiguiente debilitamiento permanente de la polarización genital con el sexo opuesto. Las costumbres diferentes (27) exigen de algunos la capacidad de postergar la actividad genital, y de otros la temprana habilidad de transformarla en una parte “natural” de la vida: en ambos casos, pueden sobrevenir problemas que perjudiquen una verdadera intimidad heterosexual en la temprana adultez.

En este punto, las instituciones sociales ofrecen exposiciones racionales ideológicas para una prolongación de la moratoria psicosexual, en forma de abstinencia sexual absoluta, en forma de actividad genital sin compromiso social o en forma de juego sexual sin consumación genital (caricias amorosas). La forma que aprobará “la economía de la libido” de un grupo o de un individuo, dependerá en cierta medida del logro de la identidad que se acrecentará con tal conducta sexual preferida.

El estudio de la horizontal V en el cuadro, revela, por lo tanto, algunas consistencias sistemáticas de los elementos descritos de difusión de la identidad, y de los de la formación de la identidad. Como está indicado entre paréntesis, estas consistencias corresponden a ciertas instituciones sociales, que (en formas, a elucidar) apoyan a las necesidades del yo y a las funciones del yo incluidas en el término de identidad. En realidad, los dos restantes casilleros de la horizontal V (que, de cualquier forma, son marginales a esta sección clínica) no pueden ser abordados sin una discusión de las instituciones sociales. La principal institución que espera esclarecimiento aquí, es el sistema de ideales que las sociedades presentan al individuo joven en la forma explícita o implícita de una ideología. A una ideología se le puede, en forma somera, atribuir el cometido de ofrecer a la juventud:

- 1) una amplia y clara perspectiva del futuro, abarcando todo el tiempo

previsible, y por lo tanto contrarrestando la “difusión del tiempo” individual; 2) una oportunidad para la exhibición de una cierta uniformidad de apariencia y de acción contrarrestando el exceso de conciencia individual; 3) inducción a un papel colectivo y a la experimentación en el trabajo que puede contrarrestar un sentido de inhibición y de culpabilidad personal; 4) sumisión a leaders que en calidad de “hermanos mayores” están fuera de la ambivalencia de la relación padre-hijo; 5) conocimiento de los rasgos distintivos de la técnica reinante y por lo tanto capacitación para la competencia sancionada y regulada; y 6) una aparente correspondencia entre el mundo interior de ideales y de daños, por un lado, y por el otro, el mundo exterior con sus metas organizadas y sus peligros en un espacio y en un tiempo real; marco geográfico-histórico para el florecimiento de la identidad del individuo joven.

Tengo conciencia de haber esbozado, en la reseña patográfica, algunas referencias de los fenómenos que son del dominio de la ciencia social. Puedo justificar esto solamente, con la presunción que el trabajo clínico, en su contacto con la inmensa diversidad de patología individual con la finalidad de llegar a algunas generalidades explotables, puede encontrarse con algunos aspectos del asunto que el enfoque histórico y económico ha descuidado necesariamente. En este punto, sin embargo, debemos en primer término, tratar de poner en orden la terminología familiar en nuestra especialidad, y en particular cuando atañe a áreas de la sociología.

#### IV. SOCIAL: EL YO Y EL AMBIENTE

1

El lector debe haberse percatado que el término identidad incluye mucho de lo que ha sido llamado el “self” por varios autores, ya sea en la forma de autoconcepto (George H. Mead, 31) un sistema propio (Harry S. Sullivan, 42) o como fluctuantes experiencias propias descritas por Schilder (38) Federn (14) y

otros.<sup>13</sup> Dentro de la psicología del yo psicoanalítica, Hartmann sobre todo, ha delimitado con más claridad esta área general, cuando, al discutir la llamada catexis libidinosa del ego en el narcisismo, llega a la conclusión que es más bien un “self” (uno mismo) que ha sido en esta forma cargado. El ahoga por el término “representación del self” para diferenciarlo de “representación del objeto” (22). Esta representación del “self” fue, en forma menos sistemática anticipada por Freud en sus referencias casuales a “las actitudes del yo con el self”, y a las catexis fluctuantes conferidas a este “self” en los estados lábiles de autoestimación (19). En esta publicación, nos ocupamos de la continuidad genética, de esa representación del self, representación que debe ser finalmente atribuida al trabajo del yo. Ninguna otra fuerza interior podría realizar la acentuación selectiva de las identificaciones significativas a través de la niñez; y la integración gradual de autoimágenes como anticipo de una identidad. Es por esta razón, que yo he denominado, al principio, a la identidad, como identidad del yo. Me he planteado el interrogante de qué relación existe entre estos dos conceptos.

Freud atribuía, la **perpetuación internalizada** de las influencias culturales, a las funciones del “super-yo o ideal del yo” que representaría a las órdenes y a las prohibiciones emanadas del ambiente y de sus tradiciones. Comparemos dos aseveraciones de Freud que son pertinentes aquí: “El super-yo del niño no se edifica, en realidad, tomando como modelo a sus padres pero sí al super-yo de éstos; se apropia del mismo contenido, se vuelve el vehículo de la tradición y de todos los valores perpetuados a través de los años que han sido transmitidos, en esta forma, de generación en generación. Se puede adivinar fácilmente, la gran ayuda que proporciona el reconocimiento del super-yo para comprender la conducta social del hombre, para entender el problema de la delincuencia y quizá también para lograr algunas sugerencias prácticas con respecto a la educación... El género humano no vive nunca, enteramente, en el presente. **Las ideologías del super-yo** <sup>14</sup> perpetúan el pasado, las tradiciones

---

<sup>13</sup> Aquí, lo mismo que en otras publicaciones previas, me contengo para no referirme a modificaciones más comprensibles de la teoría psicoanalítica (Dollard, Fromm y Kardiner) porque no me *siento*, todavía, *capaz* de establecer las convergencias y las divergencias entre lo que ellos han sistemáticamente afirmado y lo que yo estoy tratando de formular.

<sup>14</sup> Las negritas son mías.

de los pueblos y de la raza y van cediendo lentamente a la influencia del presente y de los adelantos; por lo tanto, desempeñan un papel importante en la vida del hombre” (18). Hacemos notar que Freud habla aquí de “ideologías del super-yo” dotándolo por lo tanto de contenidos ideatorios; sin embargo, se refiere a él, también como “vehículo”, i. e., como a una parte del sistema psíquico en el cual operan las ideas. Parecería que por ideologías del super-yo, Freud entiende las contribuciones específicas del super-yo de lo arcaico, de lo mágico, en la coerción interna de las ideologías.

En la segunda aseveración Freud reconoce el aspecto social del ideal del yo. “El ideal del yo tiene gran importancia para la comprensión de la psicología del grupo. Además de su aspecto individual, tiene también un aspecto social; es también el ideal ~ común de una familia, de una clase, de una nación.” (19)

Parecería que los términos de super-yo e ideal del yo han llegado a diferenciarse por sus distintas relaciones con la historia filogenética y ontogenética. El super-yo es concebido como un representante más arcaico y enteramente internalizado del principio evolutivo de la moralidad y de la tendencia congénita del ~ hombre hacia el desarrollo de una conciencia primitiva, categórica. Aliándose con las tempranas introyecciones (ontogenéticas) el super-yo continúa siendo un agente interno vindicativo y punitivo de la moralidad “ciega”. Sin embargo, el ideal del yo parece estar unido más elásticamente a los ideales del período histórico particular y por lo tanto más cercano de la función del yo de experimentar con la realidad.

La identidad del yo (si nos adherimos a este término) por comparación, estaría aún más cerca de la **realidad social** puesto que como subsistema del yo, probaría, seleccionaría e integraría las autorepresentaciones provenientes de las crisis psicosociales de la niñez. Se caracterizaría por el sentido real del “self”, en la realidad social, ya logrado pero teniendo que ser siempre corregido, mientras que las fantasías del ideal del yo representarían a una serie de metas ideales del “self” por las cuales luchar pero nunca completamente alcanzables.

Sin embargo, utilizando la palabra “self” en el sentido de autorepresentación que le da Hartmann, abrimos la controversia para consideraciones radicales. Se podría argüir, que sería prudente, con respecto a la tarea perceptiva y reguladora del yo con su “self” reservar, la denominación

del “yo” para el sujeto, y dar la denominación de “self” al objeto. Por lo tanto el yo, como agente organizador central, durante el transcurso de la vida, debe enfrentarse con un “self” cambiante, quien, a su vez exige una síntesis de los “selfs” abandonados, y de los anticipados. Esta sugerencia podría aplicarse al yo corporal, que podría decirse que es la parte del “self” proporcionada por las características del organismo, y que, por lo tanto, debería, con más propiedad, ser llamado el cuerpo (del self). Conciérne al ideal del yo como representante de las ideas, imágenes y configuraciones, que sirven de comparación constante con el ideal del self. Se aplicaría, finalmente, a lo que yo he llamado identidad del yo. Lo que, en consecuencia, podría ser llamado identidad del self, es el producto de todas esas experiencias en las cuales un sentido temporario de difusión del “self” fue dominado con éxito por una autodefinición renovada y más real y por el reconocimiento social. La formación de la identidad, por lo tanto, puede decirse que tiene un aspecto del “self” y un aspecto del yo. Es una parte del yo en cuanto representa la función de síntesis del yo al enfrentarse con una de sus vallas, como ser, la estructura social real del ambiente y la imagen de la realidad que es transmitida al niño durante las crisis sucesivas de la infancia. (Las otras vallas las constituiría el ello, y las exigencias hechas al yo por nuestra historia biológica y por nuestra estructura; el super-yo y las exigencias de nuestras tendencias morales más primitivas; y el ideal del yo con las imágenes parentales idealizadas). La identidad, en este punto, tiene derecho a ser reconocida como el más importante punto de apoyo del yo del adolescente, en la tarea de contener al ello postpuberal y en lograr el equilibrio del superyo recién consolidado, al mismo tiempo que del ideal del yo perpetuamente exigente.

Hasta que la materia del yo versus “self” no esté suficientemente definida para permitir una decisión en cuanto a la terminología, usaré el término llano de identidad para referirme a la función social del yo que produce, en la adolescencia: un relativo equilibrio psicosocial, esencial, para las tareas de la temprana adultez.

Hasta ahora la palabra psicosocial ha tenido que servir como puente de emergencia entre las llamadas formulaciones “biológicas” del psicoanálisis y

formulaciones nuevas, que consideran al ambiente cultural, en forma más sistemática.

La llamada orientación biológica, básica del psicoanálisis, se ha transformado gradualmente en un tipo corriente de pseudo biología, especialmente en lo relativo al concepto o carencia de él) del “ambiente” del hombre. En los escritos psicoanalíticos el término “mundo exterior” o “ambiente” son, a menudo, usados para referirse a un área no limitada que se dice que está afuera meramente porque no logra estar adentro, dentro de la piel (somática) del individuo, dentro de su psiquismo, o dentro de su “self” en el más amplio sentido de la palabra. Dicha “exterioridad” tan vaga pero sin embargo tan omnipresente, necesariamente supone una cantidad de connotaciones y, de hecho asume el carácter de una cantidad de imágenes del mundo exterior: a veces “el mundo exterior” es concebido como una conspiración de la realidad contra el mundo de la fantasía infantil; a veces, o como un hecho (indiferente o engorroso) en la existencia de los demás, o como la presencia del cuidado maternal, nuevamente, (por lo menos, esto, parcialmente benévolo). Pero aún, con la reciente admisión del significado de la “relación madre-hijo”, persiste una obstinada tendencia a tratar la unidad madre-hijo, como una entidad biológica, más o menos aislada de la vecindad cultural circundante, que entonces, nuevamente, se transforma en “medio ambiente” con sus aportes vagos, sus presiones ciegas y con sus meras “convenciones”. Por lo tanto, poco a poco, nos vemos sobrecargados con lo remanente de las yuxtaposiciones que fueron, antes, suficientemente necesarias y fructíferas: porque es importante sentir el hecho, que las exigencias sociales moralizadoras e hipócritas, son capaces de quebrantar al adulto y explotar al niño. Es importante, llegar a tener un concepto de ciertos antagonismos intrínsecos, entre la energía individual y la energía social. Sin embargo, la conclusión implícita de que un yo individual pudiese existir en contra o sin “un medioambiente” humano específico, i.e., una organización social, carece de sentido; y en cuanto a su orientación biológica, esa presunción implícita amenaza aislar la teoría psicoanalítica, de la rica visión ecológica de la biología moderna.

Es, Hartmann (23) quien nuevamente abre el camino para nuevas consideraciones. Su afirmación de que el niño nace preadaptado a un “ambiente promedio expectante” implica que está encerrado en una fórmula

biológica, y en una fórmula social ineludible. Porque, ni aún la más perfecta relación madre-hijo, podría por sí misma, reemplazar a ese “milieu” sutil y complejo que permite, a la criatura humana, no solamente sobrevivir pero sí también, desarrollar sus potencialidades de crecimiento y de “ser” único. La ecología humana incluye en su dimensión constante, un reajuste histórico y técnico; lo que hace obvio, de inmediato, el hecho de que solamente un metabolismo social perpetuo y una constante reestructuración de la tradición puede salvaguardar para cada nueva generación de criaturas algo parecido a un “promedio de expectativas” del medio ambiente. En nuestro tiempo, en el cual los cambios tecnológicos han tomado la delantera, el propósito de establecer por medios científicos y de preservar en forma elástica la continuidad del “promedio de expectativas” en la crianza y en la educación del niño, se ha vuelto un factor de sobrevivencia humana.

El tipo específico de preadaptabilidad de la criatura humana (como ser, la aptitud de crecer por medios predeterminados, a través de crisis psicosociales instituidas) exige no solamente un ambiente básico, sino también un completo encadenamiento de tales ambientes sucesivos. A medida que el niño se “adapta” con esfuerzos y por etapas, a cualquier etapa dada, pretende alcanzar el próximo “ambiente de expectativas”. En otros términos, el ambiente humano debe permitir y salvaguardar una serie de pasos relativamente discontinuos, pero cultural y psicológicamente consistentes, cada uno extendiéndose más adelante, a través del radio de las tareas vitales. Todos estos factores hacen que la llamada adaptación biológica sea un problema de ciclos vitales que se desarrollan dentro de la cambiante historia de la comunidad. En consecuencia, la sociología psicoanalítica tiene la tarea de formar conceptos del ambiente humano que implica el esfuerzo persistente de los “yo” mayores y más adultos para unirse en el empeño organizador de proveer a los “yo” jóvenes una serie integrada de ambientes promedios expectantes.

3

En una reciente publicación meditada, aunque a veces en forma arrolladora, se revé los esfuerzos de acercamiento de la relación entre cultura y personalidad. Hartmann, Kris y Loewenstein afirman: “Las condiciones

culturales podrían y deberían ser vistas con el fin de averiguar qué tipos de oportunidades brindan o inhiben (al yo), en una esfera libre de conflictos.” (24) En cuanto a la posibilidad de estudiar el influjo de dichas “condiciones culturales” en el psicoanálisis del individuo, los autores parecen menos alentadores. Ellos manifiestan: “Los psicoanalistas tienen también conciencia de las diferencias de conducta, debidas a las condiciones culturales; no están desprovistas de ese sentido común que siempre ha reconocido esas diferencias, pero su impacto tiende a decrecer, en el analista, a medida que el trabajo (del análisis) progresa y que datos aprovechables se *trasladan* de la periferia al centro, es decir, de la conducta manifiesta a la encubierta, parte de la cual es sólo accesible a la investigación analítica.” Esta publicación trata de sugerir que *algunos* problemas centrales del desarrollo del yo, que son, en realidad, “accesibles sólo a la investigación psicoanalítica” exigen, que el conocimiento del psicoanalista de las diferencias culturales, vaya mucho más allá del “sentido común” que los tres autores (siendo ellos mismos destacados cosmopolitas) encuentran suficiente en esta área particular de observación, mientras que seguramente exigirían un “sentido común” mas “analizado” para otras áreas.

Con el objeto de enfocar psicoanalíticamente este *punto*, sería necesario que cada psicoanalista se preguntase, qué particular configuración de impulsos, defensas, capacidades y oportunidades lo llevó a la elección de este campo que siempre se ensancha. Algunas investigaciones en esta área pueden aclarar el hecho que algunas de las respuestas más vehementes y obstinadas a la pregunta de lo que un psicoanalista es o no es, se origina en otra pregunta de gran apremio, como ser: qué debe ser el psicoanálisis (o persistir o volverse) para una determinada persona ya que una particular “identidad” psicoanalítica se ha transformado en la piedra fundamental de su existencia como hombre, profesional o ciudadano. No estoy rechazando aquí, la necesidad de definir, en un campo, inesperadamente popular y que se expande repentinamente, la fuente de origen de su inspiración y los fundamentos propios. Sin embargo, el psicoanálisis, en su joven historia, ha ofrecido ricas oportunidades para diversas identidades: dio una nueva función y un nuevo alcance a disciplinas tan dispares como la filosofía natural y el tema del talmud; la tradición médica y la enseñanza misionera; las explicaciones literarias y la

construcción de una teoría; la reforma social y el hacer dinero. El psicoanálisis, como movimiento, ha acogido una diversidad de imágenes universales y de utopías que se originaron en las diversas etapas de la historia en distintos países; y esto, como resultado, del mero hecho que el hombre, para poder convivir eficientemente con otros seres humanos, debe, a intervalos, hacer una total orientación, a partir de una determinada etapa de un conocimiento parcial. Por lo tanto, los que estudian a Freud, encuentran que su identidad se adapta mejor a algunas tesis tempranas (de él) que prometen un sentido particular de identidad psicoanalítica, y junto con ella, una ideología alentadora. En la misma forma, las exageradas antítesis a algunas de las tesis transitorias de Freud, han servido de base para la identidad profesional y científica de otros especialistas en este campo. Dichas identidades encuentran fácil elaboración en las escuelas ideológicas y en una sistematización irreversible que no permite discusión o cambio.

Al hablar de pruebas científicas y del progreso científico en un campo que se relaciona directamente con las necesidades inmediatas del hombre, es necesario tener en cuenta los factores metodológicos, prácticos y éticos, pero también la necesidad de una identidad profesional respaldada por una especie de síntesis ideológica de las orientaciones disponibles. Tarde o temprano, por lo tanto, el análisis de los candidatos debe abarcar las diversas formaciones de identidades profesionales de éstos, mientras que la enseñanza teórica debe esclarecer los antecedentes ideológicos de las diferencias capitales de lo que siente como más práctico, más verdadero, y más acertado en las diversas etapas de este campo de desarrollo.

4

La discusión de las “identidades profesionales” nos ha llevado más allá de la formación de la identidad, propiamente dicha hasta llegar a sus derivaciones en las etapas adultas verdaderas y posteriores. Daré un paso más, en el período de la adultez, antes de retornar, para concluir, al problema de la polarización ideológica como un aspecto de los procesos sociales que hacen frente a las necesidades del desarrollo del yo del adolescente.

He planteado, ya, una hipótesis, que va más allá de lo *que* Hartmann, Kris y Loewenstein han expresado “que las condiciones culturales podrían y deberían ser vistas **también** <sup>15</sup> con, el fin de averiguar qué tipo de oportunidades brindan o inhiben (al yo) en una esfera libre de conflictos.” Pudiese ser que, por un lado, la relación entre los valores organizados y los esfuerzos instituidos de la sociedad y por el otro, los mecanismos de síntesis del yo fuesen más sistemáticos; y que, en cualquier forma, desde un punto de vista psicológico, los procesos culturales y sociales básicos pueden ser vistos únicamente, como un esfuerzo en común de los “yo” adultos para desarrollar y mantener, por medio de una organización unida, el máximo de energía libre de conflicto, en un equilibrio psicosocial de ayuda mutua. Sólo dicha organización es capaz de dar un apoyo sólido a los yo jóvenes, en cada paso de su desarrollo.

Con los términos de Intimidad, Creatividad e Integridad (VI,6 — VII,7 — VIII,8, en el cuadro) he caracterizado los logros psicosociales del desarrollo del yo adulto. Expresan un desarrollo postadolescente de carga libidinal en los compromisos íntimos; en la paternidad o en otras **formas de creatividad**,<sup>16</sup> y finalmente en las experiencias integradoras y en los valores cosechados a lo largo de la vida. Todos estos desarrollos, tienen aspectos del yo y aspectos sociales; de hecho, sus verdaderas alternativas (Aislamiento VI,6 — Abstracción, VII,7 — y Desesperación VIII,8), pueden ser contenidas únicamente por la participación adecuada del individuo en el esfuerzo social que “brinda oportunidades al yo, en esferas libres de conflictos.” Por lo tanto, la generación más adulta necesita de la generación más joven, en la misma forma que ésta depende de la más adulta; y parecería que es en la esfera de esta mutualidad de impulsos e intereses, a través del desarrollo de las generaciones más viejas y las más jóvenes, que ciertos valores básicos tales como el amor, la fe, la verdad, la justicia, el orden, el trabajo, etc., con todo su poder de compensación y su fuerza defensiva, se transforman y continúan siendo un logro común importante del desarrollo del yo individual y del proceso social. En realidad, de acuerdo a lo que comienzan a revelar nuestras historias clínicas,

---

<sup>15</sup> La letra en negrita es mía.

<sup>16</sup> Ver lo concerniente a los niños, pacientes e ideas germinadoras en el “Sueño de Irma” de Freud (12).

estos valores proveen del apoyo indispensable para el desarrollo del yo de las generaciones en crecimiento, en cuanto que dan cierta específica consistencia a la conducta parental, (aún cuando los tipos de consistencia —incluyendo los tipos de consistencia del ser inconsistente— varían con los sistemas de valores, y con los tipos de personalidad).

La complejidad intrínseca y la patología social particular relacionadas con las **convenciones verbales** y a las instituciones formales que vinculan y perpetúan los valores sociales, periódicamente requieren procesos sociales especiales, que recrearán la “expectativa promedio” de los medios ambientes a través de nuevas consagraciones rituales, o a través de nuevas formulaciones sistemáticas. En ambos casos, leaders y élites seleccionadas se sienten llamadas a demostrar una creatividad generalizada, convincente y valiosa, i. e., un interés superpersonal en el mantenimiento y en el rejuvenecimiento de las instituciones. En las crónicas históricas, algunos de dichos leaders están registrados como “grandes”; al parecer, son capaces, sobrepasando sus más profundos conflictos personales, de obtener la energía que requiere las necesidades específicas de su época para lograr una nueva síntesis de la imagen del mundo reinante. En cualquier forma, sólo, a través de constantes y renovadas consagraciones, podrán las instituciones lograr la inversión dinámica y estimulante de nuevas energías de sus jóvenes miembros. Expresado en forma más teórica: sólo manteniendo, en sus valores instituidos, una comunicación significativa con las crisis principales del desarrollo del yo, puede, una sociedad, lograr tener a disposición de la identidad de un grupo particular, un máximo de energía libre de conflictos, proveniente de las crisis infantiles de una mayoría de sus miembros jóvenes).<sup>17</sup>

Antes de aplicar, brevemente, esta presunción general a la ideología, ruego al lector que de un nuevo vistazo al cuadro. En los casilleros V,6 — V,7 — y V,8 encontrará cualquier indicación que yo pueda dar, de los precursores en la

---

<sup>17</sup> En esta publicación, puedo sugerir solamente la relación posible entre el problema de identidad y los procesos ideológicos; y puedo registrar, al pasar, correspondencias análogas posibles entre las etapas del desarrollo social en el individuo y tendencias principales de la organización social. El problema de la Confianza Básica (y la Desconfianza Básica) parece tener una correspondencia equivalente entre la institución de la fe y del mal en una religión organizada o en cualquiera otra forma de la moral universal; el problema de la Autonomía (versus la Vergüenza y la Duda) con el delineamiento de los derechos y de las limitaciones individuales en los principios básicos de la ley y de la justicia; el problema de la iniciativa (versus Culpabilidad) con el estímulo y las limitaciones que emanan del rasgo dominante de la producción; y el problema del trabajo con las técnicas predominantes de producción y su división característica de lo laboral.

adolescencia de lo que más tarde será la Intimidad, Creatividad e Integridad. La lucha por la Identidad Sexual, V,6 (mientras que en un comienzo, tenía por cometido resolver el problema de qué tipo de hombre o mujer uno es) a través de la búsqueda selectiva de la Intimidad, VI,6 se aproxima al problema de la elección de un futuro copartícipe (en la paternidad o en la maternidad). El aclarar, a través de una formación de identidad definida, la posición de “follower” (el que sigue) de algunos y de leader de otros V,7, permite el temprano desarrollo de una responsabilidad, hacia los compañeros de edad más jóvenes; dicha responsabilidad, como fenómeno social importante en sí mismo, se vuelve el precursor del sentido de responsabilidad de la generación siguiente. (Generativo) VII,7. Finalmente, cierta forma de Polarización Ideológica, V,8, cierto abandono de algunos de los múltiples valores, a favor de unos pocos, que exigen perpetración, debe ser parte y porción de esta inversión gradual de papeles, a través de los cuales el individuo “identificado” se transforma en una figura de identificación para los jóvenes. Dicha polarización, sin embargo puede eventualmente volverse un aspecto crítico del problema de la Integridad, VIII, 8: aspecto que se refleja en la declaración de Shaw (41): “que tuvo demasiado éxito” al vivir su identidad pública de “G. B. a.”, i. e., en la polarización de sus tendencias de representar como un actor, en el escenario de la vida, y de actuar como un reformador, en la realidad social.

5

Shaw, por supuesto, era un hombre estudiadamente espectacular. Aún más, se exhibía en una cita propia, anteriormente enunciada: “el payaso, es a menudo no solamente la parte mejor, sino que también, la más sincera del Gran Espectáculo.” Por lo tanto, vale la pena, en este punto, rever las palabras elegidas por Shaw para caracterizar la historia de su “conversión”: Fui arrastrado al renacimiento socialista del temprano 1800, junto con otros ingleses muy formales y *ardiendo de indignación* a causa de males fundamentales y muy reales que afectaba a toda la humanidad. Las palabras en itálica me transmiten las siguientes implicaciones. “Arrastrado a” una ideología tiene el sentido de una fuerza compulsiva. “Renacimiento”: expresa una fuerza tradicional en estado de rejuvenecimiento. “Muy formales”: permite

aún al cínico investirse de sinceridad. “Ardiendo de indignación” da a la necesidad de repudio la sanción del derecho. “Real”: proyecta un mal interior vago a un horror circunscrito a la realidad. “Fundamental”: promete una participación en el esfuerzo de reconstrucción básica de la sociedad”. “Toda la humanidad”: da su estructura a la imagen totalmente definida del mundo. Aquí están, por lo tanto, los elementos por los cuales la identidad de un grupo somete, al servicio de una ideología, la acometividad y las energías discriminativas de los individuos jóvenes y abarca, al mismo tiempo que la completa, la identidad del individuo. Por lo tanto, la identidad y la ideología son dos aspectos de un mismo proceso. Ambas proveen las condiciones necesarias para una mayor madurez individual, y también para la siguiente y más elevada forma de identificación, es decir la solidaridad que liga a las identidades comunes. No obstante, la necesidad de fusionar el odio irracional hacia sí mismo, con el repudio irracional, hace que la gente joven, a veces, se vuelva exageradamente compulsiva y conservadora, aun cuando parezcan anárquicos y radicales; la misma necesidad los vuelve potencialmente “ideológicos”, i. e., más o menos explícitamente en búsqueda de una imagen del mundo coherente de lo que Shaw denominó: “una comprensión clara de la vida a la luz de una teoría inteligible”.

En cuanto a lo que se refiere al socialismo Fabiano, Shaw parece plenamente justificado al usar términos que caracterizan una ideología de evidente brillo intelectual. Mas en general, un sistema ideológico es un cuerpo coherente de imágenes, ideas e ideales compartidos que (ya sea, que estén basados en un dogma formulado, un Weltanschauung implícito, una imagen del mundo sumamente estructurada, un credo político o “una manera de vida”) proveen a sus participantes de una orientación total, coherente, sistemáticamente simplificada en el espacio y en el tiempo, en los medios y en los fines.

La palabra “ideología” es poco feliz en sí misma. Por su naturaleza propia las ideologías impugnan a otras de “inconsistentes e hipócritas”; y la crítica entera de una ideología se refiere a sus simplificaciones persuasivas como forma sistemática de hipocresía colectiva (30). Porque, en realidad, el adulto promedio, y la comunidad promedio, si no están embarcados intensamente en alguna polarización ideológica, pueden relegar sus ideologías a un sector

circunscrito de sus vidas, donde queda, al alcance de la mano, para rituales periódicos y para racionalizaciones; pero no perturbará los demás asuntos de sus vidas. Sin embargo, el hecho que las ideologías sean concepciones simplificadas de lo que está por venir (y por lo tanto, posteriormente, pueden servir como racionalizaciones de lo que ha sucedido) *no* excluye la posibilidad de que en ciertas etapas del desarrollo individual y en ciertos períodos de la historia, las polarizaciones ideológicas, los conflictos y las realizaciones correspondan a una necesidad interior ineludible. La juventud necesita basar sus rechazos y sus aprobaciones en alternativas ideológicas relacionadas en forma vital, con los límites existentes de formación de la identidad.

Las ideologías, dan la impresión de proveer combinaciones significativas a los ideales del grupo, más viejos y más nuevos.

Por lo tanto, canalizan el fervor vigoroso, el ascetismo sincero, y la vehemente indignación de la juventud hacia esa frontera social donde la lucha entre el conservadorismo y el radicalismo tiene mayor vigencia. En esa frontera, los ideólogos fanáticos cumplen su laboriosa empresa, y los leaders psicopáticos hacen su juego sucio; pero también, los verdaderos leaders crean una solidaridad significativa. Todas las ideologías exigen, como precio a la promesa de la posesión de un futuro, el compromiso inflexible a alguna jerarquía absoluta de valores y a algunos rígidos principios de conducta: ya sea ese principio, una obediencia total a la tradición, si el futuro es la perpetuación de lo ancestral; o una total resignación, si el futuro pertenece al otro mundo; o una disciplina marcial, si el futuro se reserva para el predominio de superhombres armados; o una reforma interior total, si el futuro es percibido como una anticipada versión del cielo en la tierra; o (para mencionar, sólo uno de los ingredientes ideológicos de nuestro tiempo) una completa entrega pragmática a los procesos de la producción y al trabajo en equipo, si la producción incesante parece ser el punto de enlace entre el presente y el futuro. En el totalitarismo y en la exclusividad de algunas ideologías, es donde el superyó puede lograr la ubicación para su identidad: porque, cuando las identidades establecidas se gastan o quedan inconclusas y por lo tanto amenazan con permanecer incompletas, entonces se producen crisis especiales que impulsan al hombre a emprender guerras sagradas, por los medios más crueles, contra aquellos que parecen cuestionar o amenazar las bases de sus inseguras ideologías.

Nos detendremos un instante, para considerar brevemente, el hecho de que el desarrollo técnico y económico de nuestros días, se inmiscuye en todos los grupos tradicionales de identidad y en todos los grupos solidarios, tales como los que pueden haberse desarrollado en las ideologías agrarias, feudales, patriarcales o mercantiles. Dicho desarrollo general, como lo han indicado muchos autores, parece dar como resultado una pérdida del sentido de integridad cósmica, de designio providencial, y de sanción sagrada en cuanto a los medios de producción (y de destrucción). En muchas partes del mundo, esto parece producir una rápida fascinación por el enfoque totalitario del mundo, enfoque que vaticina milenios y cataclismos, y que aboga por dioses mortales elegidos por uno mismo. La centralización técnica de nuestros días puede dar a los grupos pequeños de dichos fanáticos ideólogos, el poder concreto de las máquinas estatales totalitarias (13).

El psicoanálisis ha contribuido en parte a comprender estos desarrollos, especialmente, en cuanto reflejan ansiedades universales, dependencias interiores, y aspectos vulnerables relacionados al hecho común de la infancia humana. El psicoanálisis puede también ayudar a comprender el hecho que aun en los seres civilizados, la simplicidad primitiva-paternal del superyó, puede requerir una confianza irracional en jefes omnipotentes en la tierra, ahora que la disciplina divina que rodeaba a las tempranas imágenes del mundo, parece haber perdido su convincente firmeza. Sin embargo, la aplicación del instrumento psicoanalítico a los problemas de cómo el hombre cambia en profundidad a medida que cambia la extensión de su ambiente y de quien se ve afectado (cuánto y en qué medida) por las transformaciones técnicas e ideológicas (13) —estos problemas deben esperar que se logren formulaciones más precisas de la relación del yo, con las técnicas de trabajo, con el “ambiente” técnico, y con la división laboral reinante—.

En un seminario reciente en Jerusalén <sup>18</sup> tuve la oportunidad de discutir, con estudiantes y clínicos israelitas, el problema, de cuál es la identidad de un “Israelita”, y en esta forma enfrentar uno de los aspectos de las orientaciones ideológicas contemporáneas. Una gran cantidad de fragmentos ideológicos de la historia europea han tenido cabida en la conciencia de este pequeño estado; y muchos de los problemas de identidad que han llevado un siglo y medio de la historia norteamericana, han sido enfrentados en pocos años en Israel. Una nueva nación se ha establecido en una costa distante (que parece no pertenecer a “nadie”) con las minorías no oprimidas, provenientes de muchas tierras y con una nueva identidad basada en ideales importados, libertarios, puritanos y mesiánicos. Cualquier discusión de los múltiples y más inmediatos problemas de Israel, tarde o temprano lleva a comprobar las realizaciones extraordinarias y los extraordinarios problemas ideológicos propuestos por los pioneros sionistas (ahora, una pequeña minoría) que llevaron a cabo, lo que se conoce como el movimiento Kibbutz. Estos ideólogos europeos, dada —como si fuese— una moratoria histórica creada por el particular estado legal de Palestina, nacional e internacional, primeramente en el Imperio Otomano y luego en el mandato británico fueron capaces de establecer y de fortalecer unas defensas utópicas significativas para la ideología sionista. En su “tierra” y cultivando su propio suelo, los judíos “diseminados” pudieron vencer las identidades nocivas, producto de un eterno vagabundeo, mercantilismo e intelectualización (9) y, por lo tanto, transformarse en un todo en cuerpo y alma de nuevo, y en una totalidad como nación. Nadie puede negar, que el movimiento Kibbutz ha creado un tipo de individuo vigoroso, responsable e inspirado, aun cuando algunos aspectos de su sistema educacional (como la crianza de los niños, desde las primeras épocas, en las Casas infantiles, y el alojar juntos a los varones y a las niñas, durante los años del High School) (secundaria) están bajo un estudio crítico, al mismo tiempo en Israel y en el extranjero. De hecho, sin embargo, en Israel se instituyó una utopía, cuyas condiciones nos traen reminiscencias de las que enfrentaron los mormones.

---

<sup>18</sup> Organizado por los Profesores S. Eisenstadt y C. Frankenstein de la Universidad Hebrea. Las impresiones iniciales enunciadas aquí, son más

Porque, sin lugar a dudas, estos pioneros (comparables a los colonos de nuestro país, quienes, a su vez, utilizaron la moratoria histórica que les ofrecía el descubrimiento de un continente vacío, para establecer un “modo de vida” nuevo) crearon una nueva nación, y surgieron, de la noche a la mañana con un ideal histórico. Sin embargo, se plantea un problema auténtico (parecido al que se le ha presentado a nuestros historiadores) concerniente a la relación entre la elite revolucionaria y entre los que posteriormente atestaron las tierras ocupadas y prosperaron con las ganancias obtenidas.<sup>19</sup> En Israel, la actual elite de Kibbutznik, un tanto exclusiva, se enfrenta con esa parte de la población incomparablemente más amplia, que representa una totalidad ideológica, pero al mismo tiempo, con una miscelánea caótica; cantidades de inmigrantes africanos y orientales, clases trabajadoras poderosamente organizadas, habitantes de la gran ciudad, ortodoxos religiosos, la burocracia del nuevo estado —y además, por supuesto, la “buena y vieja” clase mercantil de corredores—. Además, la parte más intransigente del movimiento Kibbutz ha logrado ubicarse entre dos mundos, con los cuales los Sionistas tienen fuertes lazos históricos: los judíos americanos y británicos (quienes compraron una gran parte de la tierra Kibbutz de los terratenientes árabes, ausentes) y el comunismo soviético, al cual (diríamos) el movimiento Kibbutz comunista,<sup>20</sup> se sintió unido —sólo que fue repudiado por Moscú como otra forma de desviación—.

El movimiento Kibbutz, es, por lo tanto, el ejemplo de una utopía moderna ideológica, que libera energías desconocidas en los jóvenes que se consideran a sí mismos como a un “pueblo”; y creó (en forma más o menos explícita) un grupo ideal de significado pleno —con un destino histórico que no se puede predecir, en un mundo industrial—. Sin embargo, Israel es, indudablemente, uno de los países más conscientes de su ideología, que jamás haya existido; nunca los “campesinos” ni los trabajadores debatieron tanto los alcances de los designios de las decisiones diarias.

---

<sup>19</sup> Nosotros podemos intentar formular que las elites que surgen de los cambios históricos son grupos que, fuera de las más profundas crisis de identidad común, se manejan para crear un nuevo estilo para enfrentarse con las situaciones peligrosas descolantes de su sociedad.

<sup>20</sup> i. e., comunismo relativo dentro de la comunidad individual que sin embargo, en su relación con la economía nacional, más bien representa una cooperativa capitalista.

Las más sutiles significaciones de la ideología, para la formación de la identidad, pueden ser examinadas mejor, comparando las elevadas ideologías verbales con los sistemas transitorios de conversión y aversión que existen en cualquier sociedad, en esa tierra de nadie, entre la infancia y la adultez, aproximadamente, llamada irrisoriamente adolescencia —ideologías que son la parte más significativa de las personas jóvenes o de la vida de un grupo de jóvenes, a menudo sin el conocimiento, o aun, la curiosidad, de los adultos que los rodean—. Se puede presumir que una cantidad de las polarizaciones espontáneas, de los gustos, opiniones y slogans que acaparan las controversias de los jóvenes, y una gran parte del impulso súbito de unirse en una conducta destructora, son fragmentos de identidades en formación, a la espera de ser integrados en alguna ideología.

7

En la sección patográfica de esta publicación, indiqué la elección total de una identidad negativa en individuos que pueden realizar tal fuga en base a tendencias autísticas y regresivas.

La fuga, de muchos jóvenes dotados pero inestables, hacia una utopía privada o como, al decir de un paciente “la mayoría de uno” podría no ser necesaria si no fuese por un desarrollo general al cual ellos se sienten incapaces de someterse, i. e., la creciente demanda de estandarización, de uniformidad y de conformismo que caracteriza la etapa presente de nuestra civilización individualista. En nuestro país, el requerimiento de conformidad en gran escala no se ha desarrollado en la dirección de las ideologías totalitarias explícitas: pero sí, se ha asociado con los dogmas totales de las religiones y con la conducta estereotipada de los negocios, pero, en la totalidad, esquivan las ideologías políticas. Se aprecia, a medida que se estudia, la capacidad de nuestra juventud para manejar la difusión de la identidad de una democracia laboriosa, con simple confianza, con un desacuerdo superficial, con virtuosismo técnico, con solidaridad “propuesta por los otros” (37) —y con un rechazo por lo explícito de las ideologías. Lo que, con exactitud, es la implícita ideología de la juventud americana (la juventud más técnica del mundo)—, crea problema ominoso, que no puede abarcarse nítidamente en una publicación de esta índole. Ni tampoco uno se atrevería a determinar, que el transcurso de los

cambios que se pueden estar produciendo en esta ideología y en lo implícito de ella, pueda ser el resultado de una lucha mundial, que hace, de una identidad militar, una parte necesaria de los jóvenes adultos de este país.

Es más fácil indicar el giro pernicioso hacia una identidad de grupo negativa que predomina en algunos de los jóvenes, especialmente en nuestras grandes ciudades, en las cuales las condiciones marginales, económicas, étnicas y religiosas proveen bases deficitarias para lograr identidades positivas; en estas condiciones, las identidades de grupo negativas se buscan en la formación de pandillas espontáneas que van desde las bandas del vecindario y la gentuza del jazz, a los grupos de toxicómanos, a los círculos de homosexuales y a las bandas criminales.

Es de esperarse que la experiencia clínica pueda aportar una contribución significativa a este problema. Sin embargo, debemos prevenimos contra el traspaso riesgoso de tales problemas públicos, a términos, actitudes y métodos clínicos. Más bien, debemos volver al punto enunciado anteriormente: los maestros, los jueces y los psiquiatras, que se ocupan de la juventud, se vuelven representantes significativos de ese acto estratégico de “reconocimiento” (el acto por el cual la sociedad “identifica” a sus miembros jóvenes y por lo tanto contribuye al desarrollo de su identidad) que fue descrito en el comienzo de esta publicación. Si, por espíritu simplista, o para complacer a hábitos congénitos de la ley y de la psiquiatría, se diagnostica y se trata como criminal, como desadaptado constitucional, como delincuente condenado por su educación o —en realidad— como a un paciente perturbado, a un joven, que a causa de su posición marginal, personal o social se ve abocado a elegir una identidad negativa; ese joven puede, por lo tanto, empeñarse en llegar a ser lo que esa comunidad descuidada y temeraria espera que sea, y de ello hacer un empleo total.

Es de esperarse, que la teoría de la identidad, en su largo curso, pueda contribuir mejor a este problema que el proferir una advertencia.

Traducido por **May Dighiero de Ribeiro.**

## BIBLIOGRAFIA

1. ACKERMAN, N. W.— “Social role” and total personality. “Am. J. Orthopsychiat.”, 21: 1-17, 1951.
2. BATEMAN, J. E. and DUNHAM, H. W.—The state mental hospital as a specialized community experience. “Am. J. Psychiat.”, 105: 445-449, 1948.
3. BENEDICT, E.— Continuities and discontinuities in cultural conditioning. “Psychiatry”, 1: 161-167, 1938.
4. BIB1RING, E.— The mechanism of depression. In “Affective Disorders”, ed. P. Greenacre. New York: International Universities Press, 1953.
5. BLOS, P.— The contribution of psychoanalysis to the treatment of adolescents. In “Psychoanalysis and Social Word”, ed. M. Heiman. New York: International Universities Press, 1953.
6. BRENNAN, M.— On teasing and being teased: and the problem of “moral masochism”. In “The Psychoanalytic Study of the Child”, 7: 264-285. New York: International Universities Press, 1952.
7. BURLINGHAM, D.— “Twins”. New York: International Universities Press, 1952.
8. ERIKSON, E. E—Ego development and historical change. In “The Psychoanalytic Study of the child”, 2: 359-396. New York: International Universities Press, 1946.
9. ERIKSON, E. H.—“Childhood and Society”. New York: W. W. Norton, 1950. London: Imago Publishing Co., 1951.
10. ERIKSON, E. H.— Growth and crises of the “healthy personality”. In “Symposium on the Healthy *Personality*”, *Supplement II* to the transactions of the fourth conference en “Problems of Infancy and Chil-

- hood, et. M. J. E. Senn. New York: Josiah Macy, Jr. Foundation, 1950.
11. ERIKSON, E. E.— On the sense of inner identity. In "Health and human Relations". New York: The Blakiston Company, 1953.
  12. ERIKSON, E. H.— The dream specimen of psychoanalysis. "This Journal", 2: 5-56, 1954.
  13. ERIKSON, E. H.— Wholeness and totality. In "Totalitarianism" Proceedings of a conference held at the American Academy of Arts and Sciences, March 1953, ed. C. J. Friedrich. Cambridge: Harvard University Press, 1954.
  14. FEDERN, P.— "Ego Psychology and the Psychoses". New York: Basic Books, 1952.
  15. FREUD, A.— *"The Ego and the Mechanisms of Defense"*. New York: International Universities Press, 1946.
  16. FREUD, A. in collaboration with DANN, S.— An experiment in group upbringing. In "The Psychoanalytic Study of the Child", 6: 127-168. New York: International Universities Press, 1951.
  17. FREUD, S. (1926).—Ansprache an die Mitglieder des Vereins B'nai B'rith. In "Gesammelte Werke", 17: 49-53. London: Imago Publishing Co., 1941.
  18. FREUD, S. (1932).— "New Introductory Lectures on Psychoanalysis". Lecture 31: The anatomy of the mental personality. New York: W.W. Norton, 1953.
  19. FREUD, S. (1914).— On narcissism: no introduction. "Collected Papers", 4: 55. London: Hogarth Press, 1948.
  20. GINSBURG, S. W.— The role of work. "Samiksa", 8 (1), 1954.
  21. HARTMANN, H; KRIS, E. and LOEWENSTEIN, E. M.—Notes on the theory of aggression. In "The Psychoanalytic Study of the Child" 3-4: 9-36. New York: International Universities Press, 1949.
  22. HARTMANN, H.— Comments on the psychoanalytic theory of the ego. In "The Psychoanalytic Study of the Child", 5: 74-96. New York: International Universities Press, 1951.
  23. HARTMANN, H.— Ego psychology and the problem of adaptation. In

- “Organization and Pathology of Thought”, ed. D. Rapaport. New York: Columbia University Press, 1951.
24. HARTMANN, H.; KRIS, E. and LOEWENSTEIN, R. M.— Same psychoanalytic comments en “culture and personality”. In “Psychoanalysis and Culture”, eds. G. B. Wilbur and W. Muensterberger. New York: International Universities Press 1951.
25. HENDRICK, I.— Work and the pleasure principle. “Psychanal. Quart.”,12: 311-329, 1943.
26. JAMES, W.— The will to believe. “New World”, 5, 1896.
27. KINSEY, A. C.; POMEROY, XV. B. and MARTIN, C.E. 1'2.—”Sexual Behavior in the Human Male”. Philadelphia: XV. E. Saunders Co., 1948.
28. KNIGHT, E. P.— Management and psychotherapy of the borderline schizophrenic patient. “Bull. Menninger Clin.”, 17: 139-150, 1953.
29. KRIS, E.— On preconscious mental proceses. In “Psychoanalytic Explorations lo Art”. New York: International Universities Press, 1952.
30. MANNHEIM, K.— “Utopia and Ideology”. New York: Harcourt, Braco, 1949.
31. MEAD, G. H.— “Mind, Self & Society”. Chicago: University of Chicago Press, 1934.
32. MEAD, M.— “Male and Female”. New York: William Morrow, 1949
33. NEWCOMB. T. M. et al., eds.— “Readings in Social Psychology” New York:Henry Holt and Co., 1953.
34. PIERS, G. and SINGER. M. B.— “Shame and Guilt”. Springfield Ill.: Charles O. Thomas, 1953.
35. RAPAPORT, D.—”Emotions and Memory”. New York: International Universities Press, 2nd ed., 1950.
36. RAPAPORT, D.— Some metapsychological considerations concerning activity and passivity. Unpublished.
37. RIESMAN, D.— “The Lonely Crowd”. New Haven: Yale University Press. 1950.
38. SCHILDER, P.— ‘The Image and Appearance of the Human Body”. New York: International Universities Press, 1951.
39. SCHILDER, P.— “Psychoanalysis, Man and Society”. New York: W. W. Norton, 1951.

40. SCHWARTZ, M. S. and WILL, G. T.—Low morale and mutual withdrawal en  
a mental hospital word. "Psychiatry", 16: 337-353, 1953.
41. SHAW, G. E.— "Selected Prose". New York: Dodd, Mead and Co., 1952.
42. SULLIVAN. H. S.— "The Interpersonal Theory of Psychiatry". New York:  
W. Norton, 1953